

ISABEL JARA HINOJOSA*

EDITORIA NACIONAL GABRIELA MISTRAL Y CLASES SOCIALES:
INDICIO DEL NEOLIBERALISMO EN LA RETÓRICA DE LA DICTADURA CHILENA**

RESUMEN

Aunque no estaba decidido el modelo económico, uno de los imperativos a los que estuvo sometida la editorial oficial de la dictadura chilena, Editora Nacional Gabriela Mistral (1973-1976), fue difundir algunas ideas del incipiente neoliberalismo. Esto no se podía lograr sin desterrar el lenguaje de –y la identificación con– las clases sociales, arraigado en la mentalidad chilena. A partir de algunos ejemplos, este artículo explora cómo las publicaciones de la ENGM acallaron y evocaron las clases sociales a través de temas como el folklore, el antimarxismo, la historia nacional o la economía, gracias a su condición divulgativa y a las posibilidades procedimentales y cognitivas de sus textos. Propone que, como subtexto latente en aquellas publicaciones, el silenciamiento de las clases sociales pudo ser un síntoma metafórico y estético del neoliberalismo en la dictadura, y de esta forma convertirse en un indicio de su singular forma de estetizar la política.

Palabras claves: Chile, Siglo xx, Editora Nacional Gabriela Mistral, clases sociales, neoliberalismo, dictadura

ABSTRACT

Although the economic model was not decided, one of the tasks of the official publishing house for the Chilean dictatorship, Editora Nacional Gabriela Mistral (1973-1976), was to spread information about budding neoliberalism. This could not be achieved without banishing the language of –and identification with– social classes, which was rooted in Chilean mentality. Using examples, this article explores how publications from the ENGM silenced and described social classes through themes such as folklore, anti-Marxism, national history or economics, thanks to its informative nature and to the procedural and cognitive possibilities of its texts. This paper proposes that as a latent subtext in those publications, the silencing of social classes could have been a metaphorical and aesthetic symptom of neoliberalism during the dictatorship, becoming in this manner a sign of its peculiar way to aestheticize politics.

Key words: Chile, twentieth century, Editora Nacional Gabriela Mistral, social classes, neoliberalism, dictatorship

Recibido: Abril 2014.

Aceptado: Diciembre 2014.

* Doctora en Historia por la Universidad Pompeu Fabra. Académica del Departamento de Teoría de las Artes de la Universidad de Chile. Correo electrónico: jara.isabel@gmail.com.

** Este texto se basa en los resultados del FONDECYT 11080048, ya finalizado.

IDEOLOGÍA ESTÉTICA Y ESTADO

Desde que sabemos de la imprescindible dimensión cultural en la construcción de hegemonías en el orden sociopolítico, se puede pensar que los Estados despliegan, deliberada y sistemáticamente o de manera involuntaria e inorgánica, un esfuerzo de persuasión o seducción orientado a capturar la sensibilidad de los gobernados —discurso estético— de diferente nitidez, intensidad, calidad y efectividad social. Por lo general este esfuerzo incluye los órdenes visual, léxico¹, corporal y sonoro², si bien tiende a priorizar uno sobre otros y algunos canales comunicativos en cada cual. Este esfuerzo persuasivo puede ser el resultado de la reacción contra una estética previa o de un proyecto artístico-cultural propio del gobierno; puede ser la realización programática de dicho proyecto o la suma de iniciativas heterogéneas que arrojan una orientación.

Por otra parte, este impulso comunicativo de la política, como ha sostenido Katya Mandoki, “no se sostiene solo en la argumentación racional pura (logos), ni en la autoridad única o espíritu (ethos) del líder. Requiere del peso del pathos de producir hegemonía entre la población y el consenso entre las clases gobernantes. La retórica, como el arma típica en todos los regímenes políticos, en particular las sociedades democráticas, está totalmente ligada a la estética por el uso de recursos formales como el ritmo, la repetición, figuras y tropos. También despliega el peso del pathos abordando temas altamente emocionales para su público y haciendo hincapié en su importancia a través del tono, del volumen, la pausa y la entonación. Así, la estetización de la política y el uso de la dimensión del pathos es un proceso necesario en toda sociedad...”³.

Por ende, en estos términos se puede suponer que la ‘estetización de la política’⁴ no sería patrimonio solo del totalitarismo clásico, esto es, de un régimen capaz de la dominación plena o de la fusión efectiva del Estado con la sociedad civil en la “obra de arte total”⁵, como se ha dicho que habría logrado el nazismo y el estalinismo. Más bien, la

¹ Puntualiza Clara Valverde: “El Estado, con el lenguaje, crea su propio “sentido común” para poder hacer aceptable lo inaceptable, lenguaje que se infiltra en toda la sociedad a través de sus canales de poder y construye así una hegemonía”. Clara Valverde, “El lenguaje positivo como “sentido común” o el consentimiento del neoliberalismo”, en *El Viejo Topo*, N° 286, Barcelona, noviembre 2011, pp. 33-39.

² Estos cuatro registros los propone Katya Mandoki, *Estética cotidiana y juegos de la cultura. Prosaica I*, México D.F., Siglo XXI, 2006.

³ Katya Mandoki, “Terror and Aesthetics: Nazi Strategies for Mass Organisation”, in *Renaissance and Modern Studies*, vol. 42, Princeton, 1999, pp. 64-81. Traducción libre de la autora. Se recordará que el pathos, como uno de los tres modos de persuasión retórica, busca impactar en el ámbito de los sentimientos y emociones.

⁴ Categoría acuñada por Walter Benjamin para interpretar la cultura moderna instrumentalizada por el fascismo: la utilización del arte reproductible hacia la masa habría una doble finalidad, la emancipación (politización del arte) o la dominación (estetización de la política); fue lo segundo lo que habría hecho el fascismo para fascinar mejor a las masas; la militarización de la sociedad provocaría placer en la destrucción y guerra. Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, México D.F, Itaca, 2003.

⁵ Término de Richard Wagner para un tipo de obra que integraba música, teatro y artes visuales. El compositor de ópera creía que la tragedia griega fusionaba todos estos elementos, que luego se separaron en distintas artes. Lo continuaron usando las vanguardias artísticas de principios del siglo xx, y lo aplicó la teoría e historia del arte al análisis de la estética nazi y estalinista. Boris Groys, *Obra de arte total Stalin*, Valencia, Pre-Textos, 2008; Eric Michaud, *La estética nazi. Un arte de la eternidad. La imagen y el tiempo en el nacional-socialismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2009.

estetización de la política podría entenderse como la vía mediante la cual un Estado, democrático o dictatorial, buscaría encarnar sus principios en la conciencia y la somática de la población. De tal manera que, en el ámbito de la política, la ‘ideología estética’⁶ sería la manera peculiar en que cierto poder político permea las mentes y los cuerpos (individuales y colectivos) de los que espera lealtad⁷. Entonces, se puede suponer que no toda estetización de la política es siempre totalitaria⁸ y que no toda ideología estética materializa el poder de la misma forma.

Puesto que estetizar la política significa “inscribir el poder ya no solo en la ley abstracta universal (fuera del sujeto) sino que en el cuerpo mismo del sujeto”⁹, las publicaciones de editoras estatales formarían parte de tal ejercicio de inscripción mediante la persuasión del registro léxico del Estado. Entendiéndolo como la “forma en que se ejerce el discurso por medio del material verbal (presentado por el sonido de la voz o la imagen en el texto) y su repertorio de términos”¹⁰, el léxico estatal atraería la sensibilidad de la población mediante el artificio del lenguaje. La creación y orientación de afectividad hacia los valores e ideas oficiales posibilitadas por aquella expresión oral y literaria, se sustentarían en la retórica¹¹ propia de sus géneros y estilos tanto como en la de los otros discursos oficiales con los cuales dialogara.

Ahora bien, la distancia entre las dictaduras fascistas y la chilena, no eclipsó su común necesidad de “hacerse sentir”. Esto, sin olvidar que, además, compartieron el repudio ideológico a la lucha e identidad de clases en favor de un “culto a la nación”. Pero, sin duda, los aspectos que sí las diferenciaron –modelos de desarrollo, estructura de clases, tipos de Estado, ideologías y uso de la propaganda¹²– generaron distinciones profundas en sus respectivos mecanismos estéticos para ese repudio y ese culto. Así

⁶ Concepto divulgado por el crítico cultural Paul De Man para expresar el supuesto impulso totalitario de una cierta estética (filosofía, crítica o literatura) que, por su opción hermenéutica, tendría a la reducción del significado, eliminando cualquier diferencia o ambigüedad y manteniendo el mito de la transparencia. Con ello, haría una operación totalitaria equivalente, en el ámbito de la letra, a la que el fascismo hizo en el orden social. Según el autor, ideología sería la confusión de la realidad lingüística con la natural, de la referencia con el fenomenalismo. Paul De Man, *La ideología estética*, Madrid, Cátedra, 1998; Martin Jay, *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

⁷ Sobre esta operación en los Estados latinoamericanos, Katya Mandoki, *La construcción estética del Estado y de la identidad nacional. Prosaica III*, México D.F., Siglo XXI, 2007.

⁸ Para introducirse en esta discusión, Walter Benjamin, “Teorías del fascismo alemán”, en Walter Benjamin, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 1998; Benjamin, *La obra de arte...*, *op. cit.*; Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1991; Terry Eagleton, “Aesthetics and politics”, in Dorota Glowacka & Stephen Boos, *Between ethics and aesthetics*, Albany, University of New York Press, 2002, pp. 187-194; De Man, *op. cit.*; Jay, *op. cit.*

⁹ Terry Eagleton, *La estética como ideología*, Madrid, Editorial Trotta, 2006, p. 74.

¹⁰ Katya Mandoki, *Prácticas estéticas e identidades sociales. Prosaica II*, México D.F., Siglo XXI, 2006, p. 25.

¹¹ Uso aquí el término retórica de manera instrumental, entendiéndolo como el conjunto de recursos movilizados en el lenguaje para persuadir y comunicar: Angelo Marchese y Joaquín Forradellas, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literarias*, Barcelona, Ariel, 1989.

¹² Algunas de estas cuestiones las desarrollan Guillermo O’Donnell, *El Estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Belgrano, 1982; Fernando Cardoso, “La democracia en América Latina”, en *Punto de Vista*, N° 23, Buenos Aires, abril 1985; Atilio Borón, *Estado, capitalismo democracia en América Latina*, Buenos Aires, CBC, 1996.

pues, ¿cuáles fueron los mecanismos de la dictadura chilena, empleados por su editorial? ¿Cómo se vincularon esos mecanismos con el despliegue inicial del proyecto neoliberal?

NEOLIBERALISMO EN CHILE: LA IRUPCIÓN

La Editora Nacional Gabriela Mistral (ENGM) dejó de existir como editora estatal en 1976, por lo que la instalación del ultraliberalismo en Chile fue un proceso histórico que la excedió con creces. Sin embargo, resulta conveniente tener en cuenta las primeras etapas de su desarrollo, que coincidieron con la editorial, para comprender el escenario histórico en el cual funcionó el discurso de esta sobre las clases sociales. Así se podrá apreciar su condición sintomática del nuevo modelo socioeconómico en ciernes.

Respecto al desarrollo del proyecto neoliberal o de los *chicago-boys*¹³, Pamela Constable y Arturo Valenzuela identificaron, a grandes rasgos, dos grandes periodos: el de 1975 a 1979, fase de reformas tempranas inspiradas en el pensamiento monetarista de Milton Friedman y Arnold Harberger, y el de 1979 a 1982, fase de liberalización profunda de la economía, inspirada en Friedrich Hayek¹⁴. Verónica Valdivia acogió esta periodización general, estableciendo que hasta 1978-1979 la desunión ideológica hizo que los uniformados ampararan diversos discursos, generando incongruencias entre las políticas de las divisiones a su cargo; pero que cuando Augusto Pinochet en aquellas fechas logró la supremacía del Ejército sobre las demás ramas armadas y de sí mismo sobre los otros comandantes en Jefe, pudo consolidarse el proyecto ultraliberal¹⁵. Cecilia Montero, siguiendo la variación de las alianzas del núcleo dirigente con los sectores capitalistas, distinguió tres fases: un breve periodo de “normalización política” y desregulación económica entre 1973 y 1975, una fase de apertura radical entre 1976 y 1982 y una fase pragmática entre 1983 y 1989¹⁶. Manuel Gárate, por otra parte, desagregó la trayectoria en dos momentos: de implantación, entre 1973 y 1981, y de travesía del liberalismo ortodoxo al pragmático, entre 1981 y 1990¹⁷. Mucho antes, Pilar Vergara subdividió el pro-

¹³ Apodo que deriva de su condición de exalumnos de la Universidad de Chicago entre 1951 y 1961, donde se hicieron discípulos del discurso ultraliberal de Milton Friedman y Arnold Harberger, sobre todo del último, quien viajó a Santiago a elegir los candidatos de la escuela de Economía de la Universidad Católica que irían a estudiar con ellos: Pamela Constable y Arturo Valenzuela, *Una nación de enemigos. Chile bajo Pinochet*, Santiago, Ediciones de la Universidad Diego Portales, 2013, pp. 177-179. Un primer liberalismo económico había dominado Chile entre 1860 y 1920, siendo desplazado por el nacionalismo económico y la política de desarrollo hacia adentro entre 1938 y 1970: Manuel Gárate, *La revolución capitalista de Chile (1973-2003)*, Santiago, Editorial Universidad Alberto Hurtado, 2012, pp. 116-207. Este autor insiste en que la nueva experiencia fue tanto una ofensiva económica como cultural.

¹⁴ Constable y Valenzuela, *op. cit.*, p. 187.

¹⁵ Verónica Valdivia, “Estatismo y neoliberalismo: un contrapunto militar: Chile, 1973-1979”, en *Historia* N° 34, Santiago, 2001, pp. 167-226.

¹⁶ Cecilia Montero, *La revolución empresarial chilena*, Santiago, Dolmen, 1997, p. 131.

¹⁷ A su vez, los subdividió en cuatro: 1973-1975, de estabilización, “desestatización” y control de la inflación; 1975-1982, de instalación ortodoxa del liberalismo; 1977-1981, del “milagro económico” y 1981-1990, de liberalismo pragmático. Además, siguiendo la subdivisión de Ricardo French-Davis y Bárbara

ceso en cuatro fases¹⁸, las que seguiremos para explicar con mayor exhaustividad el recorrido, el cual expresó la lucha ideológica que enmarcó el funcionamiento de la ENGM.

Según Pilar Vergara, desde septiembre de 1973 hasta abril de 1975 dominó la indefinición ideológica debido a la irresolución militar, a las diversas demandas del heterogéneo espectro social de apoyo y a la disputa entre las tendencias ideológicas golpistas, incapaces de imponerse unas sobre otras, lo cual arrojó un discurso económico ecléctico. A su juicio, las propuestas restauradoras, ligadas al centro político y a los uniformados moderados, orientaron los primeros bandos y documentos, propiciando la transitoriedad del nuevo régimen. A ellas se enfrentaron las tendencias refundacionales, que habían preparado el programa gubernamental de Jorge Alessandri en 1970 y que luego del golpe, desde el diario *El Mercurio* y la revista *Que Pasa*, infiltraron el discurso oficial con el énfasis en un nuevo Estado que superara la democracia de masas sin plazos restrictivos¹⁹. Por su parte, Verónica Valdivia matizó ese enfrentamiento entre posiciones restauradoras y refundacionales, destacando la falta de claridad programática y fundacional de los actores sociales comprometidos –en especial de los militares, los decisivos–, lo cual conllevó cierta improvisación en los dos primeros años²⁰.

En cualquier caso, hay acuerdo sobre la indiferenciación ideológica de las políticas inaugurales y sobre el sentido mesiánico de los uniformados y civiles partícipes del golpe, como efecto de la lucha contra la Unidad Popular y de su pensamiento anticomunista, antipartidista y católico, mesianismo que la ortodoxia religiosa de algunos convirtió en “cruzada”²¹. Dicho mesianismo subsanó la imprecisión proyectual con un espíritu de cambios, lo cual se tradujo en la retórica (antes de que en la práctica) refundacional de la primera época: “En Chile, pues ha pasado algo. No se puede, consiguientemente, volver atrás. El 11 de Septiembre debe resultar así el acto fundacional de una nueva institucionalidad”, declaraba la revista *Que Pasa* en 1973²².

En cuanto al eje político, siguiendo a Pilar Vergara, la primera fase estuvo liderada por el gremialismo corporativista²³ –antiestatista, antiliberal y antimarxista–, que inspiró

Stallings, periodizó la forma de aplicar las reformas: 1973-1981, aplicación rígida; 1982-1984, gestión de crisis y 1985-1989, flexibilización del modelo: Gárate, *op. cit.*, pp. 181-316.

¹⁸ Pilar Vergara, “Auge y caída del Neoliberalismo en Chile. Un estudio sobre la evolución ideológica del régimen militar”, en *Documento de Trabajo*, N° 216, Santiago, FLACSO, agosto 1984.

¹⁹ Constable y Valenzuela, *op. cit.*, pp. 1-12. Sobre el papel de *El Mercurio*: Julia Brown-Bernstein, *After the Fact: El Mercurio and the Re-Writing of the Pinochet Dictatorship*, Electronic Thesis or Dissertation, Oberlin College, 2009, disponible en http://rave.ohiolink.edu/etdc/view?acc_num=oberlin124456609 [Fecha de consulta: el 18 de enero de 2015]. Sobre su papel previo: Ángel Soto, *El Mercurio y la difusión de pensamiento político-económico liberal, 1955-1970*, Santiago, Instituto Libertad, 1995.

²⁰ Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *El golpe después del golpe. Leigh vs. Pinochet*, Santiago, LOM Ediciones, 2003, 110; Valdivia, “Estatismo...”, *op. cit.*, pp. 167-226.

²¹ El carácter de cruzada penetró las declaraciones y documentos iniciales, tal vez por especial influencia de los asesores de Augusto Pinochet: los abogados Jaime Guzmán y Sergio Rillón, y el general Sergio Covarrubias: Freddy Timmermann, *El factor Pinochet. Dispositivos de poder, legitimación, elites. Chile, 1973-1980*, Santiago, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2005, p. 171.

²² Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1992, p. 115.

²³ Ello se debió en parte a que fueron favorecidos por Sergio Covarrubias, Jefe del Estado Mayor Presidencial, y Sergio Fernández, ministro del Interior, entre 1977 y 1980: Timmermann, *op. cit.*, p. 179.

la Declaración de Principios e inculcó el liberalismo empresarial con sus conceptos de “autonomía de los organismos intermedios” (corporaciones, municipios, familias), “poder social” (participación de los individuos en aquellos, autonomizados de los partidos y del Estado) y “tecnocracia” (elite especializada que reemplaza a las masas politizadas en el ámbito decisonal). Su predominio derivaba de su acento cristiano y de su enraizamiento en el pensamiento conservador. Luego influyó el nacionalismo, creyente en el Estado autoritario y la unidad nacional, crítico de la derecha tradicional oligárquica y simpatizante de la intervención estatal. Por último, el campo político oficial respondió a la ideología militar de la Doctrina de Seguridad Nacional, mesiánica y nacionalista, que concebía la sociedad chilena como un organismo enfermo del que había que extirpar el marxismo y los males de la democracia de partidos, que asignaba a los militares funciones políticas tutelares sobre los civiles, y que legitimaba la represión y la permanencia en el poder; además, consideraba que el Estado fuerte y la seguridad nacional implicaban algunas políticas keynesianas y el control estatal de los medios económicos vitales²⁴.

Ahora bien, de acuerdo con Freddy Timmermann, esas tendencias políticas se reorganizaron en sectores “duros” o “blandos” cuando, hacia 1977, presionaron por limitar o no el poder de Augusto Pinochet mediante la institucionalización del régimen: entre los primeros había nacionalistas de Patria y Libertad y militantes del Partido Nacional, mientras que entre los segundos figuraban los *chicago-boys*, los gremialistas y los alexandristas²⁵.

En cuanto al ámbito económico, la primera fase estuvo dominada por un liberalismo genérico, que a su vez albergaba dos tendencias: por un lado, la libremercadista, expresada al principio en el programa antiinflacionario de los *chicago-boys* y, por el otro, la tendencia empresarial o liberalismo moderado, mayoritario en la oposición a Salvador Allende, que compartía con el anterior su antipatía por el Estado empresario y redistribuidor, pero que se le diferenciaba en su interés por el proteccionismo arancelario, los créditos subsidiados y la inversión fiscal en obras públicas. A su vez, teniendo el capitalismo como basamento común, este liberalismo moderado pudo entenderse con el estatismo-desarrollista²⁶ y el corporativismo castrenses.

Según Verónica Valdivia y Manuel Gárate, el “desarrollismo” identificaba a los uniformados que consideraban al Estado responsable del desarrollo nacional, de la cohesión social y de la lucha antimarxista por medio de reformas socioeconómicas que modernizaran el país y mejoraran su calidad de vida²⁷. Como resabio del “ibañismo”, sostiene Verónica Valdivia, ese pensamiento constituía “la añoranza castrense por un gobierno fuerte y eficiente, que despreciaba a los políticos y prefería a los tecnócratas, que valorizaba la función económica y social del Estado; proclive a la integración controlada y despoltizada de los sectores subalternos, que creía en la necesidad de una

²⁴ Vergara, *op. cit.*, pp. 71-72.

²⁵ Timmermann, *op. cit.*, p. 179.

²⁶ Pilar Vergara le llama integracionismo y Manuel Gárate nacional-desarrollismo: Vergara, *op. cit.*; Gárate, *op. cit.*, p. 189.

²⁷ Valdivia, “Estatismo...”, *op. cit.*; Valdivia, *El golpe...*, *op. cit.*, pp. 97-150; Gárate, *op. cit.*, pp. 183-188.

nueva era de modernizaciones y esperaba recuperar el status y la valorización social alcanzados en otra época²⁸. Variante de este “desarrollismo” era el corporativismo castrense, que, a diferencia del corporativismo antiestatal gremialista —el cual apostaba por los organismos sociales autónomos del Estado—, pretendía despolitizar la sociedad separándola de los partidos pero no del Estado, al que también daba un papel central en el desarrollo y cohesión nacional: se trataba así de un corporativismo más bien estatal-popular²⁹.

Como señala Verónica Valdivia, fue sobre este pensamiento militar “desarrollista” que intervinieron la Doctrina de Seguridad Nacional y la doctrina económica neoclásica, erosionándolo y apropiándose hasta su derrota final en 1978-1979³⁰. Aquel logró oponer cierta resistencia inicial y teñir las iniciativas de las instituciones a su cargo, generando contradicciones con las más libremercadistas e incoherencias entre los documentos inaugurales del régimen: el discurso de Augusto Pinochet pronunciado a un mes del golpe y publicado el mismo año como *Realidad y destino de Chile*, propuso un Estado económicamente activo a la vez que respetuoso de la iniciativa privada³¹; la *Líneas de acción de la Junta de Gobierno de Chile*, redactada por oficiales y publicada el 10 de marzo de 1974, anunció al Estado empresario del estatismo y corporativismo castrenses; pero la *Declaración de Principios de la Junta de Gobierno*, escrita por oficiales y Jaime Guzmán y publicada al día siguiente, proclamó al Estado subsidiario del corporativismo antiestatal gremialista³²; asimismo, el impreso *Objetivo nacional del gobierno de Chile*, de 1975, insistió en el principio de subsidiariedad³³.

Con todo, pese a su compromiso capitalista, el “desarrollismo” no logró remontar e, incluso, el corporativismo gremialista debió depurar su énfasis en el “poder social” de los “organismos intermedios”. Porque en vez de consolidar la participación de las corporaciones empresariales, profesionales y territoriales, de la pequeña y mediana empresa, todas movilizadas contra la UP, el gobierno dio el control macroeconómico a la elite monetarista.

En efecto, Fernando Léniz, exejecutivo de *El Mercurio*, asumió como ministro de Economía desde fines de septiembre de 1973 para aplicar un plan de desregulación gradual durante todo 1974, que contemplaba la devaluación de la moneda, la liberación de precios, la fijación de salarios y la reducción del gasto público; además, la devolución de tierras y empresas tomadas o requisadas y la privatización de empresas públicas, para modernizar la producción antes que desindustrializar³⁴. La devaluación significó uno de los primeros enfrentamientos en 1973, el cual ganaron los *chicago-boys*. Sin embargo, ello no impidió que el Ministro acudiera al Estado para realizar programas de

²⁸ Valdivia, *El golpe...*, *op. cit.*, p. 18.

²⁹ *Op. cit.*, p. 114.

³⁰ *Op. cit.*, pp. 97-150.

³¹ Timmermann, *op. cit.*, pp. 167-168.

³² Valdivia, *El golpe...*, *op. cit.*, pp. 113-125. Para un análisis de la conciliación teórica corporativista y neoliberal en este documento, Cristi y Ruiz, *op. cit.*, pp. 136-139.

³³ Gobierno de Chile, *Objetivo nacional del gobierno de Chile*, Santiago, Imp. Filadelfia, 1975.

³⁴ Según Cecilia Montero, esta etapa de “normalización” concilió la represión política y la desregulación gradual, como resultado de la transacción entre los grupos más internacionalizados con los agricultores tradicionales, las asociaciones empresariales y un sector de la Democracia Cristiana: Montero, *op. cit.*, p. 135.

apoyo social y económico determinados (tributación específica para pequeña industria o artesanado y apoyo a sectores industriales que reestructuraran su capacidad productiva, particularmente hacia la exportación). Más todavía, la desregulación temprana no impidió que el discurso oficial sobre política laboral siguiera apelando a la responsabilidad estatal y la justicia social, aunque no mediante las remuneraciones sino que ampliando el derecho de propiedad, es decir, construyendo un país de propietarios³⁵. Esta primera asonada monetarista tampoco impidió que los borradores iniciales de reformas mantuvieran algunos criterios económicos anteriores. Por ejemplo, el anteproyecto inicial de reforma previsional, de noviembre de 1975, propuso un sistema solidario en que cada trabajador aportara según su capacidad y recibiera según su necesidad, y que los trabajadores administraran sus fondos. Más aún, el anteproyecto de reforma al *Código laboral*, de fines de 1975, planteó, para cuando terminara el lapso de “emergencia”, la libertad sindical, la sindicación por rama de actividad, el derecho a huelga y a negociación colectiva, pero renegó de una central sindical única³⁶. Se esperaba con esto mantener el apoyo de las organizaciones gremiales y de los demócrata-cristianos (DC) adherentes³⁷. Sin embargo, los *chicago-boys*, fortalecidos con la visita de Milton Friedman en marzo de 1975, presionaron para avanzar a un liberalismo puro, consiguiendo que el nuevo ministro de Hacienda, Jorge Cauas, concentrara la autoridad sobre la política económica.

DE LA AMPLIACIÓN A LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

Desde abril de 1975 a diciembre de 1978 —con Jorge Cauas en Hacienda y la retirada de los asesores DC³⁸—, el Plan de recuperación económica aplicó un libremercado más doctrinario y sistemático. También conocido como “política de shock”, fue, ante todo, una respuesta a la crisis económica y, por ello, coexistió con la Doctrina de Seguridad Nacional, la cual venía desplazando al gremialismo tradicionalista y al “desarrollismo” en los ámbitos sociopolítico y laboral. El pensamiento neoclásico entendía la inflación como un fenómeno esencialmente monetario, por lo cual su solución era restringir de forma drástica el déficit fiscal, eliminando los subsidios y demás políticas redistributivas³⁹. Esto tuvo dramáticos efectos dada la recesión mundial (caída del gasto e inversión pública, del PIB, del empleo y del poder adquisitivo, quiebre de empresas y una porfiada inflación), y reflató las críticas, ante todo de los militares “estadistas”. Empero, se continuó el plan de shock.

Ahora bien, al diagnosticar la inflación como manifestación de un problema producido por el proteccionismo e intervencionismo estatal existente desde los frentes popu-

³⁵ Sobre el soporte doctrinario de este discurso, Isabel Jara, “‘Una nación de propietarios, no de proletarios’. La retórica intelectual de la dictadura chilena sobre las clases sociales y la clase media”, en Azun Candina (ed.), *La frágil clase media. Estudios sobre grupos medios en Chile contemporáneo*, Santiago, LOM Ediciones, 2013.

³⁶ Vergara, *op. cit.*, pp. 58-62.

³⁷ *Op. cit.*, p. 54.

³⁸ Cecilia Montero establece este lapsus entre 1976 y 1982: Montero, *op. cit.*, pp. 136-141.

³⁹ Constable y Valenzuela, *op. cit.*, pp. 180-184.

lares, el proyecto neoliberal quiso desembarazarse de la industrialización de Estado y de todo obstáculo a la libre competencia, porque ya no trataba de maximizar la eficiencia del aparato productivo sino que reestructurar el modelo económico: por ello redujo el gasto público, los programas tributarios, de capacitación y otros que beneficiaran a pequeños o a medianos productores, rebajó las tarifas aduaneras desde mediados de 1975, retiró al país del Pacto Andino en 1976 (que establecía cuotas y limitaciones de ingreso al capital extranjero) para promover la apertura comercial, y comenzó a privatizar las instituciones financieras y las empresas públicas, más allá de las estatizadas por la UP. Sin embargo, las políticas salarial y laboral permanecieron bajo control estatal, para garantizar su restricción.

Frente a los uniformados detractores, agrupados en el Comité Asesor de la Junta⁴⁰ y apoyados por empresarios transportistas, industriales y agricultores tradicionales que se vieron perjudicados, los ultraliberales desacreditaron toda solución que no fuera la liberalización máxima⁴¹, movilizando, además, argumentos éticos como la libertad personal. En el fondo, para ellos, la oposición entre neoliberalismo y otro modelo social remitía a la oposición entre totalitarismo y libertad. De hecho, la libertad fue definida como una lucha entre el individuo y los organismos intermedios frente al poder del Estado: a mayor estatismo, menor libertad de aquellos. Los ejes fundamentales eran el antiintervencionismo y la subsidiariedad. La libertad económica era expresión de la libertad individual y precondition de la libertad política⁴². El mercado, por funcionar a través de reglas impersonales y premiar el esfuerzo individual, era el equivalente económico de la impersonalidad en el poder político y garantía de la verdadera igualdad, entendida como ausencia de la coacción estatal y política derivada de la presión de grupos privilegiados; la igualdad ya no era un asunto social sino individual. El Estado debía volverse eficiente limitándose a garantizar el acceso al mercado, a la vez que volverse autoritario para permitir la sustitución de la dañina democracia de masas por una “sociedad libre” en que primara la “tecnificación” y no la politización en las decisiones. Todo este discurso se presentó como una verdad racional y universal, propia de la ciencia económica, como si la corriente neoclásica fuera la única científica⁴³.

Puesto que los grandes empresarios confiaron en las decisiones de los uniformados y que estos tenían un plan de acción, pero no un proyecto social global para después del golpe⁴⁴, los ultraliberales consiguieron convertirse en sus asesores gracias a su vinculación con la Armada desde antes (en la preparación de un plan económico sustitutivo de la UP) y a que el almirante José T. Merino fue el miembro de la Junta que quedó a cargo del Comité Económico tras el golpe⁴⁵. Pero se sabe que, tras acceder a La Mone-

⁴⁰ Valdivia, *El golpe...*, *op. cit.*, pp. 122-123; los *chicago-boys* estaban excluidos de este Comité: Garate, *op. cit.*, p. 187.

⁴¹ Su dogmatismo fue destacado de forma temprana por Ángel Flisfisch, “El neoliberalismo chileno: las funciones del dogmatismo”, en *Documento de Trabajo*, N° 146, Santiago, FLACSO, junio 1982. Para el autor, la receta neoliberal en Chile fue tan extrema que la hizo un caso distinto a los demás: “Un ejemplo de laboratorio, un caso químicamente puro”, *op. cit.*, p. 7.

⁴² Vergara, *op. cit.*, pp. 114-117.

⁴³ *Op. cit.*, pp. 117-130.

⁴⁴ Valdivia, *El golpe...*, *op. cit.*, p. 110; Montero, *op. cit.*, p. 132.

⁴⁵ Valdivia, “Estatismo...”, *op. cit.*, p. 32.

da, el libremercado amplió su influencia porque contaba con un grupo de técnicos de alto nivel, que parecía trabajar con una visión científica en vez de ideológica⁴⁶; porque estaba dispuesto a tomar medidas drásticas e impopulares para salir de la crisis, lo que resultaba seductor para la Junta; porque tenía acceso al Banco Mundial, al FMI y a otros organismos crediticios internacionales (los cuales refinanciaron la deuda chilena a partir de 1976, después de que Estados Unidos dejara de hacerlo); porque proporcionaba una concepción de mundo para instaurar una “democracia protegida”⁴⁷ y, sobre todo, porque consiguió el favor de Augusto Pinochet.

Así, la escuela neoclásica terminó por imponerse sobre el corporativismo gremialista y militar y sobre el “desarrollismo” castrense. Hay que considerar, además, que el propio pensamiento militar representó un papel en el triunfo neoliberal, como señaló Verónica Valdivia:

“[...] su ética de la convicción, la cual valorizaba la eficiencia como condición ineludible para cumplir los objetivos planteados, cuestión que estalló una vez que se tomaron el poder y fueron tentados por su posibilidad de lograr aquello que los civiles a su juicio no habían podido realizar. Su mentalidad tecnocrática, la importancia de la relación entre medios y fines, actuó como puente con la nueva hornada de capitalistas neoliberales, hijos de la Universidad de Chicago, que... ofrecieron un nuevo modelo para alcanzar la ansiada modernización... Logró imponerse al Ibañismo, también, porque el corporativismo no era aceptable para un régimen encabezado por un general como Pinochet —y como otros oficiales— que deseaba aquietar completamente a la sociedad, lo cual coincidía con las exigencias del modelo neoliberal... El modelo neoliberal y la democracia protegida parecían, así, responder a las dos preocupaciones históricas de los militares chilenos: la despolitización de la sociedad y una nueva fase de modernizaciones con las fuerzas armadas como eje del proceso”⁴⁸.

Cuando la ENGM ya había sido venida, se desarrolló la tercera fase distinguida por Pilar Vergara —entre enero de 1979 y mediados de 1981—, en la cual el neoliberalismo aumentó su influencia hasta hacerse un proyecto global: inspiró así las reformas “modernizadoras” de toda la organización social (trabajo, pensiones, educación, salud, justicia, agricultura y administración regional). Dicha consolidación programática, en especial la privatización de las pensiones, nuevamente causó el reclamo de los militares “desarrollistas”⁴⁹, pero sin detenerse. De hecho, sirvió de soporte —al reconfigurar la estructura de clases, el aparato estatal y el imaginario social— para la institucionali-

⁴⁶ Para Ángel Flisfich, fue su doctrinarismo dogmático la clave de su éxito político, ya que, a diferencia de la pragmática tecnocracia keynesiana, su pensamiento económico constituía una “verdad total sobre la sociedad” propia de un “creyente”: Flisfich, *op. cit.*, pp. 8, 20-21. Con todo, según Cecilia Montero no es posible atribuir la experiencia neoliberal chilena solo a la escuela monetarista porque era una receta para la estabilización y no para el paradigma social; el razonamiento de que garantizar la libertad económica exigía restringir la política y el Estado, constituyó un “forzamiento” de su teoría: Montero, *op. cit.*, pp. 131-132.

⁴⁷ Según Ángel Flisfich, brindaba “una interpretación general de la historia, un diagnóstico de la situación presente y pasada, un programa de construcción de un orden social, económico y político, y una justificación basada en proposiciones de supuesta validez universal, de ese orden programado”: Flisfich, *op. cit.*, p. 19.

⁴⁸ Valdivia, *El golpe...*, *op. cit.*, pp. 246-247.

⁴⁹ *Op. cit.*, p. 125.

zación del régimen en el ámbito político. Sobre esto, cabe recordar que el discurso de Chacarillas de 1977 había anunciado el movimiento institucionalizador del Estado, el cual, según Pilar Vergara, había superado a la corriente de la Doctrina de Seguridad Nacional⁵⁰. Encabezado por gremialistas, que actuaban desde la Comisión Constitucional y la cadena de publicaciones de *El Mercurio*, este movimiento sintetizó las ideas del tradicionalismo católico y del nacionalismo en una teoría política restrictiva del sufragio universal, cultora del ideal portaliano y comprometida con el capitalismo (asegurando la libertad de empresa y la propiedad privada). Sobre la base de ella, acentuó la perspectiva legalista y pragmática del proyecto político, otorgándole propósitos y plazos. Operó así como el complemento jurídico-estatal de la transformación neoliberal.

Al respecto, Renato Cristi y Carlos Ruiz han destacado que ese movimiento se relacionó con la síntesis teórica conservadora de los años setenta y, en particular, con el entendimiento entre neoliberales y gremialistas corporativistas, que ocurrió al despuntar la dictadura. En efecto, el interés por evitar el inmovilismo militar y la democracia partidista conllevó ajustes doctrinarios favorables a una institucionalización que evitara, a la vez, la representación política corporativista y el nacionalismo económico: la salida era entonces la democracia autoritaria (sufragio universal y pluralismo limitado, Parlamento parcialmente derivado del sufragio directo) y el libremercado absoluto (mercado como expresión de la moral cristiana y de la razón histórica). La autonomía individual y la libertad de empresa ultraliberal conciliaban así con los principios de subsidiariedad y “poder social” del tradicionalismo católico gremialista. Una compartida concepción naturalista del mercado, la sociedad y la política, sobre las cuales la acción partidista –expresada en el Estado– resultaba artificial, permitió el ensanchamiento teórico de la subsidiariedad desde el espacio filosófico-político al económico⁵¹.

Coincidiendo con la anterior, Freddy Timmermann agregó que la conexión entre neoliberales y gremialistas derivó de coincidencias personales, académicas, políticas y religiosas visibilizadas en la oposición a la DC en la década de 1960 y a la UP en la década de 1970, así como en el común espíritu de cruzada de la primera época. Ello habría posibilitado el tránsito de las simpatías de Jaime Guzmán y otros gremialistas desde el empresariado alessandrista a los *chicago-boys*⁵².

Para fines de la década de 1970, amainada ya la recesión mundial, la crisis dio paso al llamado “boom” o “milagro económico”: se cambió el déficit por superávit fiscal, mejoró la balanza de pagos y se pudo renegociar la deuda externa, bajó la inflación y se incrementaron los niveles de producción, de crecimiento económico y de poder adquisitivo a niveles extraordinarios⁵³. Envalentonados con estos resultados, la ortodoxia liberal se enfrentó en 1979 otra vez a los militares estatistas, todavía reacios a continuar las privatizaciones y a privatizar las industrias y recursos estratégicos⁵⁴. Pero el boom económico –dependiente de tasas de interés elevadas, especulación, bonanza del mercado

⁵⁰ Vergara, *op. cit.*, p. 137.

⁵¹ Cristi y Ruiz, *op. cit.*, pp., 115-123, 134-139.

⁵² Timmermann, *op. cit.*, p. 191.

⁵³ Constable y Valenzuela, *op. cit.*, p. 186.

⁵⁴ *Op. cit.*, p. 187.

mundial y de conglomerados financieros que concentraron el poder económico— terminó de forma abrupta, generando una grave recesión económica entre 1981 y 1982. Fue tal el nivel de crisis del sistema financiero, que, contrario a la economía en boga, se produjo un intervencionismo estatal más extremo que en la UP⁵⁵.

El subsiguiente descrédito del proyecto neoliberal dio paso a la cuarta fase identificada por Pilar Vergara, que transcurrió hasta 1984⁵⁶. Esta vez, la disputa entre los *chicago-boys* y los militares desarrollistas terminó en la derrota de los primeros, que fueron reemplazados por personeros de la derecha tradicional⁵⁷. Por lo demás, la división de la cúpula técnica, la presión de los empresarios perjudicados y la pujante movilización popular reemplazó al liberalismo a ultranza por uno más flexible⁵⁸. Con todo, el desarrollismo y demás corrientes ideológicas de la dictadura habían sido tan debilitadas por la profundidad de las transformaciones, que ni siquiera con esta crisis lograron reconstituirse como alternativas ideológicas ni deshacer los cambios. Así que, a fin de cuentas, el neoliberalismo sentó las bases de la institución autoritaria y de la “revolución capitalista”.

En suma, pese a las medidas de estabilización macroeconómica, durante la existencia de la ENGM no hubo una política neoliberal plena, dadas las indecisiones, resistencias y contradicciones arriba descritas. Hubo más bien un plan focalizado (contra la inflación y el déficit fiscal) que se tornó absoluto y global (penetrando los ámbitos productivo y social) después de 1978, cuando la ENGM había desaparecido como efecto de esa misma consolidación. Por ello, su discurso sobre las clases sociales puede entenderse como un síntoma adelantado y metafórico del modelo socioeconómico entrante, cuyo afianzamiento, en un giro irónico, la aniquiló: en algunos casos se trató de un anticipo divulgativo y publicitario, en otros apenas indicial y furtivo. ¿Cómo se entretejió ese discurso con la construcción comunicativa del neoliberalismo?

EL NEOLIBERALISMO COMO LENGUAJE

Sin reemplazar el contenido ideológico del neoliberalismo por su condición discursiva, ni de dar por sentado su eficacia histórica a partir de voluntades retóricas o textuales, cabe entender, sin embargo, que, en tanto ideología⁵⁹, se expresa también como lenguaje.

En esta línea, Norman Fairclough lo concibe como un lenguaje: “El lenguaje es parte importante del nuevo orden. En primer lugar, en cuanto el imponer este nuevo orden comporta un proceso reflexivo crucial que pasa por la imposición de nuevas representaciones del mundo, nuevos discursos; en segundo lugar, porque parte importante del nuevo orden lo constituyen nuevas formas en el uso del lenguaje. Así, el proyecto del

⁵⁵ Montero, *op. cit.*, p. 142.

⁵⁶ Cecilia Montero la extiende hasta 1989, caracterizándola como de recuperación económica y ofensiva ideológica de los empresarios: Montero, *op. cit.*, pp. 144-148.

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ Montero, *op. cit.*, pp. 142-143.

⁵⁹ Michel Foucault y sus seguidores abandonaron el concepto de ideología por el de discurso, de mayor alcance, para entender el poder como una relación social y personal y no solo una relación con el Estado. Pero, de acuerdo con Terry Eagleton, el término ideología permite discriminar entre las luchas del poder centrales a la sociedad, de las que no lo son: Terry Eagleton, *Ideología: una introducción*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 27.

nuevo orden –proyecto en tanto es incompleto y quienes de él se benefician trabajan por extenderlo– es, en parte, un proyecto lingüístico⁶⁰.

También para el mismo autor, los promotores del capitalismo globalizado tienden a representarlo discursivamente como una transformación inmotivada, inevitable y extra-humana; propia del ambiente factual y científico en vez del político o valórico; ajena a una localidad específica o a la acción y voluntad de los actores sociales y a la ruta que ellos puedan imprimirle. En suma, lo emplazan “dentro de un ser incontestable que da sustento y proyecta un deber ser”⁶¹, afirmando así su autoridad⁶².

Tanto o más importante, para llegar a ser dominante, el neoliberalismo debió adelantar un aparato conceptual que apelara a “nuestras instituciones e instintos, a valores y deseos, tanto como a las posibilidades inherentes del mundo social que habitamos. Si tiene éxito, este aparato conceptual llega a estar tan encarnado en el sentido común que se le da por sentado y no se le cuestiona”⁶³. Pues bien, el aparato conceptual original del neoliberalismo apelaba a los ideales de dignidad y libertad individual como “valores políticos centrales de la civilización”, prestigiándose con ellos como si le pertenecieran por derecho propio⁶⁴. Se autorrepresentó, entonces, como sinónimo de libertad.

Ahora bien, puesto que la dictadura chilena fue la primera en introducir el neoliberalismo –antes que se globalizara a escala occidental como proyecto socioeconómico y “lingüístico” universal–, su instalación discursiva correspondió a un caso de enunciación temprana que carecía del repertorio de estereotipos y palabras que después, según Bob Jessop, lo caracterizarían⁶⁵. Además, dicha enunciación se hizo, en parte, en la moldura discursiva nacionalista, tradicionalista y antimarxista de los dirigentes de la época. Recuérdesse que en el campo cultural coexistían las sensibilidades nacionalista, de “alta cultura” y neoliberal, y que ni la preponderancia cultural de la primera hasta 1976 ni los conflictos entre ellas evitaron ciertos préstamos y cruces ideológicos⁶⁶.

⁶⁰ Norman Fairclough, “Representaciones del cambio en el discurso neoliberal”, en *Cuaderno de Relaciones Laborales*, vol. 16, Madrid, 2000, p. 14. Para una perspectiva más amplia, de las políticas sociales como forma de conocimiento, Alejandro Sanchíz, “Conocimiento, lenguaje, poder e intermediación. Perspectivas contemporáneas en la antropología de las políticas públicas”, en *Estudios Sociológicos*, vol. 79, N° 27, México D.F., enero-abril 2009, pp. 63-110.

⁶¹ Fairclough, *op. cit.*, p. 24.

⁶² Para un debate sobre la dimensión semiótica del neoliberalismo, considerar también Ana María Rivas, “El neoliberalismo como proyecto lingüístico”, en *Política y Cultura*, N° 24, México D.F., otoño 2005, pp. 9-30; José Puello-Socarrás, “Gramática del neoliberalismo. Genealogía y claves para su desciframiento”, en *Economía Gestión y Desarrollo*, N° 5, Cali, noviembre 2007, pp. 177-181.

⁶³ David Harvey, *A brief history of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2007, p. 5. Sobre el ascenso de la teoría neoliberal en la segunda mitad del siglo xx occidental, *op. cit.*, pp. 5-38. Sobre la historia del término como un ejercicio retórico, Enrique Ghersi, “El mito del neoliberalismo”, en *Estudios Públicos*, N° 95, Santiago, invierno 2004, pp. 293-313.

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ “[...] cabe mencionar como repertorio de estereotipos y palabras de moda: información, la economía guiada por el conocimiento, globalización, el auge de las economías regionales, los distritos empresariales, la economía-red, alianzas estratégicas, gobierno falto de gobernabilidad, turbocapitalismo, compresión de espacios y tiempos, flexibilidad, sociedad del trabajo, economía del aprendizaje y la cultura empresarial”: Citado por Fairclough, *op. cit.*, p. 15.

⁶⁶ El nacionalismo favorecía la “cultura patria”, ligada a la historia militar, las tradiciones rurales y los valores del Estado ‘portaliano’; la corriente de “alta cultura” favorecía las “bellas artes” de origen europeo; y

En otras palabras, entendiendo que el golpe de Estado fue también un “golpe lingüístico”, hay que remarcar que el despliegue de la economía y lenguaje neoliberal fue un proceso, de insospechada proyección, enmarcado y contaminado por los léxicos políticos litigantes. En palabras de Paul Walder: “la legitimación del modelo económico neoliberal se hizo sobre el discurso político (...). La constante incorporación y repetición de nuevos léxicos, así como la exclusión de otros, genera una nueva realidad. El proceso de mutación lingüístico que observamos durante la dictadura con la eliminación de vocablos que van desde ‘clase’, ‘obrero’, ‘solidaridad’, ‘reivindicación’ o ‘comuna’ reemplazándolos por significantes de diferente carga signíca, traspasa el umbral de la democracia y crece con la incorporación del glosario neoliberal”⁶⁷.

Así pues, la enunciación del neoliberalismo fue una cuestión tan política como incipiente para el discurso oficial. De hecho, al ser la primera en proclamar –como régimen político– el mito del derecho de propiedad y del Estado subsidiario como corazón de la libertad misma, la dictadura chilena hizo menos referencias a la interconexión, a la información y a la tecnología de las comunicaciones como se haría luego. En cambio, sus argumentos sobre el emprendimiento individual, la libertad empresarial y la subsidiariedad estatal no se mantuvieron solo dentro del imaginario neoliberal sino que –disputa ideológica mediante– se impusieron sobre (y negociaron con) las referencias gremialistas, nacionalistas y antimarxistas, contaminándose en el proceso y haciendo que el mito del mercado se combinara con los mitos de la patria, de la geopolítica y de los estamentos intermedios.

la neoliberal, una cultura más renovada y abierta al mundo, posible de insertar en el mercado internacional. Esta “hibridación” puede parecer contradictoria por la oposición nacionalista al neoliberalismo cultural, ya que el credo de la modernización privatizadora y la internacionalización de los contenidos del arte y los medios de comunicación se contraponía a su concepción nativista y estatista. Sin embargo, la resistencia nacionalista no cerró camino al neoliberalismo, el cual influyó tempranamente en las decisiones de algunos agentes culturales como la ENGM, por medio de CORFO. Por esto, como veremos más adelante, algunas de sus publicaciones le dieron cabida ya en 1974. Las diferencias tampoco impidieron que el neoliberalismo se tiñera del tono nacionalista (no siempre de todos sus contenidos) que tuvo parte del discurso oficial hasta 1989, emitido desde la Secretaría de Relaciones Culturales de la Secretaría General de Gobierno y desde el Departamento de Extensión Cultural del MINEDUC. Sobre la trayectoria formativa de las ideologías de la dictadura, Verónica Valdivia, *Nacionales y gremialistas. El parto de la derecha política chilena, 1964-1973*, Santiago, LOM Ediciones, 2008. Sobre las ideas tradicionalistas, Isabel Jara, *De Franco a Pinochet. El proyecto cultural franquista en Chile, 1936-1980*, programa de magister en Teoría en Historia del Arte, Santiago, Universidad de Chile, 2006 y Gabriela Gomes, “Las tradiciones corporativistas en la dictadura pinochetista”, en *Observatorio Latinoamericano*, N° 8, dossier, Santiago, agosto 2011, pp. 134-149. Sobre el impacto neoliberal en las relaciones comunicativas, Joaquín Brunner, *La cultura autoritaria en Chile*, Santiago, FLACSO, 1981. Sobre las corrientes que disputaban la cultura, Carlos Catalán y Giselle Munizaga, “Políticas culturales estatales bajo el autoritarismo en Chile”, en *Documento de trabajo*, N° 49, Santiago, CENECA, 1986; Any Rivera, “Transformaciones culturales y movimiento artístico en el orden autoritario”, en *Documento de trabajo*, Santiago, CENECA, 1983. Sobre la dificultad de una política cultural neoliberal en dictadura, Karen Donoso, “¿Canción huasa o canto nuevo? La identidad chilena en la visión de izquierdas y derechas”, en Verónica Valdivia, Rolando Álvarez y Karen Donoso, *Su revolución contra nuestra revolución II*, Santiago, LOM Ediciones, 2008, pp. 231-290. Sobre las pugnas del campo editorial, Bernardo Subercaseaux, *La industria editorial y el libro en Chile (1930-1984). Ensayo de interpretación de una crisis*, Santiago, CENECA, 1984, pp. 74-75.

⁶⁷ Paul Walder, “La palabra circulante. Territorialización económica del lenguaje”, en *Polis*, N° 9, Santiago, 2004, pp. 1-16, disponible en <http://polis.revues.org/7422>; DOI: 10.4000/polis.7422 [Fecha de consulta: 20 de marzo de 2014].

Cabe puntualizar, asimismo, que el axioma “despolitizador” compartido por el nacionalismo, el gremialismo y la Doctrina de Seguridad Nacional, estableció una dependencia con el neoliberalismo, porque este requería de dicha “despolitización” para justificarse mientras que aquella requería del individualismo extremo para realizarse. Como ha indicado Verónica Valdivia: “La aspiración militar de desastatalizar las relaciones con la sociedad, como condición de la despolitización, podría cumplirse a través de la neoliberalización de la vida nacional chilena, al sustraerse del ámbito público decisiones que históricamente le pertenecieron y privatizarlas. No obstante, el proyecto neoliberal no solo era útil para los afanes despolitizadores y desmovilizadores de la gestión militar, sino también para retomar los desafíos del desarrollo”⁶⁸.

En cuanto al desarrollo y la modernización, se trataba, en realidad, de presentar el cambio neoclásico como un hecho natural, necesario e independiente del poder, de situar el individualismo liberal en la economía en vez de la política, de introducir el lenguaje de la administración en todas las esferas de la vida social y de mistificar el nuevo modelo económico. Se trataba, además, de acomodar la cultura a este marco, despolitizándola y reorientándola hacia una cultura del “divertimiento”⁶⁹, una cultura tradicionalista o comprometida con “las raíces”⁷⁰ y una cultura del show (así como el consumismo como cultura).

Ahora bien, para acometer lo anterior, la dictadura requirió montar atmósferas metafóricas que, entre otras estrategias, cuestionaran el estatuto simbólico de las clases sociales, de suyo enraizado en la mentalidad nacional. Esto era importante porque el concepto e identidad de clase social constituían un escollo teórico y práctico para la peculiar versión autoritaria del modelo neoclásico. En términos teóricos, porque, en primer lugar, contradecía la concepción estamental de la sociedad, entendida como un organismo en que las identidades y acciones colectivas derivaban de las pertenencias familiares, gremiales o territoriales y no del lugar ocupado en las relaciones sociales del modo de producción; en segundo lugar, porque dificultaba que la economía se entendiera como una esfera autocontenida y desprovista de influencia político-social; en tercer lugar, porque estorbaba a la autoproyección del neoliberalismo como una realidad solo económica y cuarto, porque su nexo con el valor de los derechos sociales estorbaba el reemplazo de estos por el valor del ‘servicio’.

A su vez, en términos prácticos, la identidad de clase constituía un escollo, en primer lugar, porque la historia política chilena del siglo xx había acusado una organización y

⁶⁸ Verónica Valdivia, “Al rescate del municipio. La síntesis ideológica de la dictadura pinochetista”, en *Observatorio Latinoamericano*, N° 8, dossier Chile, Buenos Aires, agosto 2011, pp. 108-133. Este artículo destaca la coincidencia entre el propósito descentralizador de la teoría del desarrollo, el propósito de control territorial de la lógica de Seguridad Nacional y el propósito antiestatal de la lógica neoliberal, coexistentes en la dictadura.

⁶⁹ “La carencia de material comunicativo producido por la práctica de sujetos sociales viene a ser llenada por otros contenidos que emanan del mercado” [...]. “El análisis de los medios hoy existentes revela el creciente desarrollo de los contenidos recreativos. En la prensa se multiplican los suplementos... las radios cada vez se toman más musicales y en televisión predominan las teleseries envasadas combinadas con los shows musicales”: Catalán y Munizaga, *op. cit.*, p. 14.

⁷⁰ El balance de actividades del Departamento de Extensión Cultural del MINEDUC entre 1977 y 1989 destacó, bajo el subtítulo “En la búsqueda de nuestra raíces”, que “el gran principio que guía sus múltiples actividades es la difusión del patrimonio chileno”: MINEDUC, *El arte recorre Chile*, Santiago, Departamento de Extensión Cultural, 1989, p. 17.

participación social bastante influida por la estructura de clases, de lo cual la población era en parte consciente por la influencia de los movimientos sociales, del marxismo y de los modelos analíticos de las Ciencias Sociales y, en segundo lugar, era un escollo porque la embestida cívico-militar de 1973 y la instalación del autoritarismo neoliberal aparecieron, parcial e indirectamente, como una reconquista del capitalismo y de la clase dominante⁷¹.

En consecuencia, para constituir el marco metafórico del emergente libremercaderismo se requería desterrar la conciencia, la memoria y el lenguaje de clase. Esta operación apuntalaba la ideología estética autoritaria, cuya misión era acostumbrar las mentes y los cuerpos de los chilenos al individualismo, a las lealtades personales, corporativas o familiares, a la privatización de la vida y a la disolución del espacio público en el mercado (tanto como al olvido de las lealtades de clase, de las acciones colectivas y de la calle como espacio privilegiado de expresión pública). Algunos agentes culturales del régimen cuestionaron el estatuto simbólico y conceptual de la clase social de manera soterrada, siendo su editora oficial una de ellos. ¿Qué posibilidades ofreció para dicha operación?

POTENCIAL TÉCNICO Y EPISTÉMICO
DE LA EDITORA NACIONAL GABRIELA MISTRAL

La laxitud programática de la dictadura chilena en lo cultural, su renuncia a una propaganda masiva permanente, la mercantilización del campo editorial⁷² y el contexto comunicacional del país de la década de 1970, diseminaron la estetización del autoritarismo en iniciativas dispersas de la televisión, la radio y el menudo aparato cultural oficial, incluida la ENGM⁷³. Encima, junto a los demás medios de comunicación autorizados, esta cumplió también una función de propaganda política, poniendo parte de sus publicaciones al servicio de la divulgación de las nuevas ideas nacionalistas, gremialistas y hasta neoliberales⁷⁴.

⁷¹ Ciertos científicos sociales desarrollaron esta tesis. Sobre ella, Alfredo Joignant y Patricio Navia, “El golpe a la cátedra. Los intelectuales del primer mundo y la vía chilena al socialismo”, en Alfredo Joignant y Patricio Navia (comps.), *Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013. Para un repaso del análisis clásico que en este sentido hizo Guillermo O’Donell y el debate posterior, Pablo Bulcourf y Augusto Reina, “Comprendiendo al Estado: los aportes de Guillermo O’Donell a su reconceptualización en América Latina”, en *Revista de Ciencia Política y Relaciones Internacionales*, vol. 2, N° 2, Buenos Aires, noviembre 2009, pp. 117-146.

⁷² Sobre la industria editorial en dictadura, Bernardo Subercaseaux, *Historia del libro en Chile (alma y cuerpo)*, Santiago, LOM Ediciones, 2000, pp. 157-193; Belén Bascañán, *Editores y editoriales en dictadura*, Santiago, Centro de Documentación del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, junio 2012, disponible en: www.cedocmuseodelamemoria.cl/wp-content/uploads/2012/06/Editores-y-editoriales-en-dictadura.pdf [Fecha de consulta: 10 de enero de 2015].

⁷³ Habiendo sido intervenida, depurado su directorio, personal y publicaciones, la editorial Quimantú (creada en 1971, a partir de la compra estatal de Zig-Zag), fue transformada en ENGM, la cual se mantuvo pública bajo control de CORFO hasta 1976.

⁷⁴ Sobre la propaganda visual de la ENGM: Isabel Jara, “Graficar una “Segunda Independencia”: el Régimen Militar chileno y las ilustraciones de la Editorial Nacional Gabriela Mistral (1973-1976)”, en *Historia*,

En efecto, aunque la ENGM se ajustó a la despolitización de todas las instituciones fiscales y de la cultura, su estructura organizativa albergó a las principales corrientes ideológicas del régimen. Como es sabido, asumió como su director el general del Aire (R) Diego Barros Ortiz, quien fuera Comandante en Jefe de la FACH entre 1955 y 1961⁷⁵. Como gerente general, el abogado y profesor de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, Mario Correa Saavedra, que trabajaba antes en Quimantú y que desde 1975 fue reemplazado por Fernando Krumm Urizar y José Harrison de la Barra⁷⁶.

Por su parte, manteniendo la proporcionalidad de sus propietarios, el Directorio estuvo compuesto en un 90% por delegados de CORFO y en un 10% por delegados de Chile Films. Entre los primeros, figuraron el abogado Adolfo Ballas Azócar, del Partido Nacional, después reemplazado por el abogado Gustavo Ross Ossa, abogado y gerente de la empresa ELEC METAL; Gastón Acuña Mac Lean, de Patria y Libertad, Director de Información de las Fuerzas Armadas, funcionario de la Secretaría de Prensa de la Junta de Gobierno; Álvaro Puga Cappa, periodista, Jefe de la Dirección de Informaciones de las FF.AA y Carabineros y luego vinculado a la DINA; Mariano Sepúlveda Matus, capitán de fragata, sustituido por el capitán de navío Roberto Benavente en 1975, miembro de la DINA de Valparaíso, y luego por el ingeniero Juan Carlos Varela Morgan, de la Empresa Nacional de Construcciones (ENACO); Ignacio Cousiño Aragón, Director de Informática de ENACO, ministro del Trabajo de Carlos Ibáñez en 1954 y funcionario del Banco de Chile, quien terminó por renunciar⁷⁷.

Entre los delegados de Chile Films al Directorio, figuró el abogado Jorge Iván Hubner Gallo, expolítico conservador y luego nacional, después integrante de la Comisión Legislativa de la Junta de Gobierno y Juan Naveillán Fernández, asesor del Ministerio de Economía⁷⁸. En representación del asesor cultural de la Junta, asistió el académico Tomás P. Mac Hale⁷⁹.

Por su parte, el Consejo Editorial estuvo compuesto provisionalmente por la literata Nina Donoso Correa; el periodista y escritor Agustín Billa Garrido; el escritor y cronista Enrique Bunster; el jurista y académico Fernando Campos Harriet; el asesor cultural de la Junta Enrique Campos Menéndez; el abogado gremialista Hernán Larraín Fernández; el ya mentado periodista Álvaro Puga Cappa; el académico y asesor de la Secretaría General de Gobierno Héctor Riesle Contreras y el mencionado Tomás Mac Hale⁸⁰.

Ahora bien, la dimensión estética de la tarea publicitaria de la ENGM implicaba “virtualizar” el poder autoritario mediante la palabra y la ilustración impresa. Como es lógico, sus posibilidades de representar el poder descansaban en las potencialidades técnicas,

Nº 44, vol. 1, Santiago, enero-junio 2011, pp. 131-163; Dalila Muñoz, *Operaciones visuales de la de Editora Nacional Gabriela Mistral: fotografías para legitimar, 1973-1976*, Santiago, Museo de la Memoria y de los Derechos Humanos, 2014.

⁷⁵ Remplazado, entre 1976 y 1977, por Enrique Matte Varas: Resoluciones CORFO, Oficina de Partes 00941/4-11-76, Archivo Nacional de la Administración (ARNAD).

⁷⁶ CORFO, Directores de Empresas Filiales. ENGM Ltda., CORFO, vol. 881, ARNAD.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ *Ibid.*

⁷⁹ *Ibid.*

⁸⁰ Juan Naveillan, “Empresa Editora Nacional Gabriela Mistral Ltda.”, 22 de septiembre de 1975, Gerencia de Normalización CORFO, vol. 101, ARNAD.

económicas y epistémicas que brindaban por entonces el texto y la gráfica editorial, el entorno cultural y la situación de la empresa. Al respecto, la devaluación del libro frente a los medios audiovisuales, la incipiente internacionalización y comercialización de la programación televisiva⁸¹ y radial, el declive general de la actividad cultural y editorial en el país, el desinterés del régimen por un estilo estético y editorial propio, así como su depreciación como agente cultural, hicieron de las publicaciones de esta editora algo secundario en la “estetización” del régimen. Sin embargo, no las marginaron del proceso, ya que a través de ciertas imágenes y contenidos el lector pudo percibir el ideario de la nueva autoridad. Y siendo ese lector mayoritariamente colegial, tales publicaciones tomaron parte no solo en la pretendida socialización de los adultos sino que, sobre todo, de los escolares⁸². La ENGM desplegaba así una reeducación social —mediante mecanismos estéticos cotidianos— que levantaba menos sospechas que la televisión o los actos públicos.

Sin duda, las potencialidades técnicas y epistémicas de los libros residían en la aptitud de presentar, sintetizar o simplificar conceptos y significados complejos para efectos de instrucción o difusión; en el uso de géneros informativos, teóricos o metafóricos (ensayos, biografías, crónicas, tratados); en los tonos festivo, dramático, épico, descriptivo, académico o coloquial; en la concreción y claridad formal de sus ilustraciones; en el contraste y efecto de realidad que aportaban las fotografías en blanco y negro; en la figuración, abstracción o simbolización que brindaba la narración textual y visual; y, en especial, en productos más orientados a la didáctica que a la experimentación narrativa o visual⁸³.

Como hemos dicho, pese a estar encabezada por nacionalistas, la ENGM replicaba en su interior las tensiones del campo cultural, lo cual se traducía en cierta dispersión del programa narrativo dado que sus publicaciones también encauzaban las sensibilidades “espiritual-elitista” y, en menor medida, neoliberal. Para la óptica histórica y política del nacionalismo, así como reivindicativa de las Fuerzas Armadas, estaba la colección “Septiembre”⁸⁴. Para fomentar la lectura, despolitizar la cultura popular tradicional, divulgar la emblemática nacional y las festividades militares, y replantear la identidad na-

⁸¹ Además de satisfacer al modelo neoliberal, el modelo televisivo comercial respondía a razones políticas. Como declaró Enzo Bolocco a la revista *Qué Pasa*, “es una garantía para los que pensamos a favor de una economía de mercado, ya que es difícil que un canal privado caiga en manos del marxismo”: “¿Parte la tv comercial?”, en *Qué Pasa*, N° 127, Santiago, 27 de septiembre de 1973, p. 10.

⁸² No es objetivo de este texto estudiar la recepción e impacto de las publicaciones de la ENGM, siendo, además, conocidos su menor tiraje y venta en contraste a su antecesora. Véanse datos comparativos en Jara, “Graficar...”, *op. cit.* Sin embargo, el énfasis dado al público femenino e infanto-juvenil sirvió para conjurar la contradicción entre su aspiración restauradora y su progresivo empequeñecimiento; Alberto Vial, *Fundamentos de una acción editorial*, Editorial Nacional Gabriela Mistral, 1975, p. 109. La “escolarización” de la colección “Nosotros los chilenos” (la más divulgada de Quimantú para disputar la identidad nacional), así lo atestigua. Con todo, un breve lapsus de tres años hace de la ENGM una experiencia precoz e incompleta en el proyecto resocializador de la dictadura.

⁸³ Sobre su puesta a disposición al servicio del golpe, Jara, “Graficar...”, *op. cit.* Sobre su forma de replantear la relación con el territorio, Isabel Jara, “Polítizar el paisaje, ilustrar la patria: nacionalismo, dictadura chilena y proyecto editorial”, en *Aisthesis*, N° 50, Santiago, diciembre 2011, pp. 230-252.

⁸⁴ Bajo esta primera colección se publicaron en 1973: *Alonso de Ribera, Gobernador de Chile*, de Fernando Campos, con prólogo del propio director de la ENGM, Diego Barros Ortiz; *Leyendas y episodios nacionales*, de Joaquín Díaz Garcés; *Antología humorística*, de Jenaro Prieto; *Crónicas de Oriente y otras páginas de viaje*, de Salvador Reyes; *Sólo el viento*, de Enrique Campos Menéndez; *Cuentos selectos*, de Enrique Bunster, y *Algunos fundamentos de la intervención militar en Chile*.

cional estaban la serie “Minilibros” y “Nosotros los chilenos”⁸⁵. Para la formación doctrinaria de la ciudadanía, la colección “Ideario”⁸⁶. Para combatir el marxismo y la UP en el ámbito teórico y testimonial, la colección “Pensamiento contemporáneo”⁸⁷. Para revalorar y conocer el territorio nacional, la frustrada colección “Expedición a Chile”. Para cooperar con la supervivencia económica familiar o con la dueña de casa, la colección “Oficios y hogar”. Y fuera de colección, se lanzaron algunos títulos desacreditadores del marxismo y de la UP⁸⁸ así como impresos de exposiciones gubernamentales⁸⁹.

En cualquier caso, la temprana presión neoliberal en la ENGM, que logró privatizarla a tres años del golpe, también se notó en el precoz uso de elementos nacionalistas y corporativistas para desplegar e imponer la gramática libremercadista.

En definitiva, con un gobierno sin programa cultural ni estético totalitario, sin una gran institucionalidad y con pocos literatos y artistas “orgánicos”, la ENGM aportó a la “estetización” del poder desde los umbrales sensibles y cognitivos que permitían sus libros denunciativos, divulgativos o educacionales, siempre en complemento con otros agentes culturales. De esta manera, podía sumarse soterradamente al cuestionamiento del estatus simbólico de las clases sociales a partir de ejercicios heterogéneos y de apariencia “apolítica”, que apenas llegaban a subtexto del guión editorial. ¿Qué mecanismos discursivos canalizaron aquel cuestionamiento?

RETÓRICA DE UN SILENCIAMIENTO: COMUNIDADES SIN IDENTIDAD DE CLASE

En coherencia con lo que hemos visto, la categoría de clase social casi no apareció en el discurso público gubernamental, salvo para condenar la lucha de clases que asociaba

⁸⁵ Por ejemplo, en 1974: *Perfiles del Chile joven, Símbolos patrios, 21 de mayo de 1879, Combate de la concepción, Nuestros presidentes, 18 de septiembre de 1810, Diversiones y juegos populares, Los pioneros y Descubrimiento de América*; en 1975, *Artesanía chilena, Efemérides nacionales, El Océano Pacífico, Chile y sus recursos naturales, Las nuevas regiones, Los museos en Chile y Grandes del deporte*.

⁸⁶ Con *Pensamiento de Portales, Pensamiento de Balmaceda, Pensamiento de Encina, Pensamiento de O'Higgins, Pensamiento de Cruz Coke y Pensamiento de Alessandri*, todos de 1974.

⁸⁷ Por ejemplo, en 1973, *El experimento marxista chileno*, de Robert Moss; en 1974, *En la batalla política*, de Alone y *Pensamiento nacionalista*, compilado por Ricardo Cox; en 1975, *Defensa de la hispanidad*, de Ramiro de Maeztu; en 1976, *La partitocracia*, de Gonzalo Fernández, *Ortodoxia*, de G.K. Chesterton y *Jaque al subdesarrollo*, de Fernando Monckenberg.

⁸⁸ En 1973, *Técnica soviética para la conquista del poder total: la experiencia comunista en Chile*, de Boris Klosson; en 1974, *Carmen de los Valientes*, de Joaquín Alliende Luco; en 1975, *La capitulación ante el comunismo*, de Alexander Solzhenitsyn, entre otros.

⁸⁹ *Líneas de acción de la Junta de Gobierno de Chile (1973), Declaración de Principios del Gobierno Militar (1974), La Junta de Gobierno frente a la juricidad y los derechos humanos (1974), Programa de desarrollo de Chile a corto y mediano plazo (1974), Política cultural del gobierno de Chile (1974), El General Pinochet habla al país. 11 de septiembre de 1974: Discurso pronunciado por el Jefe de Estado en el Edificio Diego Portales ante el cuerpo diplomático, autoridades militares, civiles y eclesíásticas y dirigentes gremiales, juveniles y femeninas al cumplirse un año de la liberación nacional (1974), La situación de los derechos humanos en Chile (1975), 1º de Mayo de 1976 (1976), Chile enfrenta 1976 (1976) y El presidente Augusto Pinochet y la Junta de Gobierno ante la conjura antichilena (1976)*. Por último, los folletos *Chile: ayer y hoy, Chile: 11 de septiembre de 1974 y Chile: 11 de septiembre de 1975*.

al marxismo. Augusto Pinochet aludió a trabajadores o empresarios como grupos distinguibles solo para fijarles sus nuevas tareas⁹⁰. El régimen evitó identificarse con una clase social e interlocutar en esos términos, ya que pretendía representar a la nación toda. La noción misma de clase social se contraponía también a la de cuerpo intermedio, que, como vimos antes, era la unidad social fundamental para el corporativismo circulante: “La participación social será el vehículo que lleve a todos los chilenos a incorporarse a los núcleos en que desarrolla su vida en comunidad, los que conforme al principio de subsidiariedad, serán protegidos e impulsados por el Estado. El desarrollo de las sociedades intermedias entre el hombre y el Estado debe ser promovido en forma especial, respetando su legítima autonomía”⁹¹.

En fin, desterrar la representación y organización de clases era ideológicamente necesario para el constructo nacionalista y neoliberal, así como en clave sociológica indispensable para las reformas laborales y sociales, que sustituirían las vías de ascenso social de acción colectiva por las de acción individual.

Algunos intelectuales adictos al gobierno abordaron de manera tangencial la cuestión de las clases sociales en sus deliberaciones teóricas, cuestionando su influencia como orientadoras de acción social y provisoras de identidad. Otros las aludieron de forma indirecta al presentar los fundamentos del nuevo modelo socioeconómico, separando clases populares de clase obrera, disminuyendo el papel de la clase alta en el ámbito decisional y remarcando la calidad de propietaria en vez de trabajadora de la clase media⁹².

En este contexto, las publicaciones de la ENGM abordaron la cuestión de las clases siempre soterradamente. Supuestos implícitos sobre ellas aparecieron en algunas temáticas y en la caracterización de sus personajes.

Por ejemplo, en la reivindicación de la cultura tradicional, en particular del folklore, resonaron ciertos sobrentendidos que se les suponían a los sectores populares. Hablar de folklore era, en parte, hablar de estos. Así, cuando aquel fue depurado de su picardía y espontaneidad en pos de cristianizarlo⁹³, occidentalizarlo y “espectacularizarlo”⁹⁴, la cultura e identidad popular fue también “adecentada” para fortalecer su conexión euro-

⁹⁰ Giselle Munizaga, *El discurso público de Pinochet. Un análisis semiológico*, Buenos Aires, CLACSO, 1983, pp. 49-50.

⁹¹ Gobierno de Chile, *Objetivo nacional del gobierno de Chile*, Santiago, Imp. Filadelfia, 1975, p. 12.

⁹² Isabel Jara, “Una nación...”, *op. cit.*

⁹³ El sello cristiano fue directo o mediante un humanismo espiritual: “Y como pocos niegan que lleven en sí la impronta del espíritu, se las estudia (las artesanías) no sólo en sus dimensiones materiales, sino también en su capacidad espiritual, porque en ellas se percibe la calidad humana, calidad que busca constantemente su perfección” (...). “Allí reside el misterio de las artesanías tradicionales: quien las realiza no es solamente un hombre diestro en una técnica. Animado por su propia humanidad, también se encamina por los terrenos de la belleza y el arte, organizando las formas con su sensibilidad”: Pontificia Universidad Católica de Chile, *Catálogo 4ª feria de artesanía tradicional chilena. Parque Bustamante 2 al 11 de diciembre 77*, Santiago, Vicerectoría de Comunicaciones, 1977, p. 3 (paréntesis mío).

⁹⁴ Por ejemplo, con el BAFONA: “El Patrimonio Cultural Chileno, nuestra geografía folklórica, se recrea a través del lenguaje universal del espectáculo” (...) “Un vestuario creativo de resplandecientes colores contribuye a la magia del baile. El público se emociona. Sin embargo, todo ello con un profundo respeto a la raíz de nuestras tradiciones, ceremonias, leyendas y costumbres...Significativo resulta que hoy el folklore sea tan valorado como cualquier expresión de las ‘bellas artes’. Grandes empresas, en vez de invitar a una función de ópera en el Municipal, se disputan la presencia del Ballet en sus reuniones”: MINEDUC, *op. cit.*, pp. 19-20.

pea⁹⁵, para valorar la “unidad cultural” sobre sus diferencias regionales y para facilitar su divulgación comercial⁹⁶. Importaba más acomodar el folklore al formato de show que relevarlo como experiencia vital popular. Además, al fomentarlo como abstracción unificadora, fueron integrados al reservorio popular elementos de la cultura militar-nacionalista⁹⁷. Así, la identidad popular quedó más vinculada con la castrense. Por último, el folklore –y por ende, la cultura popular tradicional– fue purgado de cualquier resabio izquierdista que lo vinculara con la memoria de clases, máxime la obrera⁹⁸.

Los textos de la ENGM que abordaron las tradiciones populares de alguna manera debieron adaptarse a este clima⁹⁹. Por ejemplo, *Artesanía chilena*¹⁰⁰ mantuvo su carácter científico y etnográfico, pero debió remarcar las credenciales nacionalistas del arte popular:

“A esta realidad, tan impregnada de valores chilenos, desarrollada y depurada lenta e imperceptiblemente a lo largo de nuestra historia, está dedicado este pequeño libro... Para que eso que se llama, tan convencionalmente, arte popular, llegue a entenderse como un noble y sabio oficio, practicado en los diversos lugares de nuestro territorio, y que atesora legítimos testimonios de nuestra nacionalidad”¹⁰¹.

Mientras, el último capítulo de *Diversiones y juegos populares*¹⁰² desarraigó la cultura popular tradicional de los sectores populares al incorporarle algunas recreaciones que hasta entonces eran más bien de clases altas:

“[...] se han generalizado en el país toda clase de nuevas diversiones populares venidas casi siempre del extranjero, que han apasionado a hombres y mujeres: el fútbol, el tenis, el golf, los bailes y la música pop internacional, la hípica, los juegos de naciones foráneas, las regatas, la caza, la pesca, los restaurantes y casinos, las carreras de automóviles, etc.”¹⁰³.

⁹⁵ No en vano la Junta de Gobierno declaró: “por estar el nacionalismo chileno abierto a lo universal, deberá reforzarse la digna y activa presencia que siempre ha tenido el país en la cultura occidental y europea”: Gobierno de Chile, “Metas y objetivos fundamentales para la nueva Constitución de la República”, en *Actas constitucionales. Antecedentes y textos actualizados al 20 de marzo de 1977*. Separata del *Anuario de derecho administrativo I* (1975-1976), Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1977, p. 63.

⁹⁶ Karen Donoso, *La batalla del folklore*, tesis para optar al grado académico de licenciada en Historia, Santiago, Universidad de Santiago, 2008, p. 104.

⁹⁷ Temas musicales como “El himno de Yungay”, “Adiós al séptimo de línea” o “Yo tenía un camarada” fueron incluidos en el *Atlas del Folklore de Chile* preparado por Manuel Danneman en 1975: *Op. cit.*, pp. 108-109.

⁹⁸ Por ejemplo, después de 1973, el BAFONA debió cambiar el nombre de algunas de sus presentaciones, como ocurrió con la llamada “navidad salitrera”, rebautizada como “navidad nortina” para evitar la supuesta carga de la lucha de clases: *Op. cit.*, p. 125.

⁹⁹ Los textos aquí examinados fueron seleccionados porque ejemplifican la variedad y desconexión temática con la cual aludieron a la cuestión de las clases sociales, además de que abordan las principales materias y estilos de las publicaciones de la ENGM; también porque cada uno muestra la negociación entre un tópico peculiar y el subtexto diluyente del lenguaje clasista.

¹⁰⁰ Manuel Danneman, *Artesanía chilena*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1975.

¹⁰¹ *Op. cit.*, p. 6.

¹⁰² René Echaiz, *Diversiones y juegos populares*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974.

¹⁰³ *Op. cit.*, p. 35.

También colaboró *Diversiones y juegos populares* en fortalecer la asociación entre identidad popular y castrense al elegir terminar el libro con una fotografía que, con la leyenda “¡Allá van los militares!”, mostraba a una multitud fascinada con la parada militar¹⁰⁴.

En definitiva, las clases populares tendieron a ser reducidas a las temáticas folklóricas y conectadas, a través de esa mediación, a la cultura militar.

En segundo lugar, la ENGM representó subrepticamente a las clases sociales en la línea editorial antimarxista, más todavía cuando la lucha contra la UP parecía haber potenciado sus presumidas identidades. Al respecto, el libro *La epopeya de las ollas vacías* fue ejemplar, pues reconstruyó la memoria popular antiallendista recordando la lucha de las mujeres opositoras. La mujer campesina, por ejemplo, fue representada decidida, auténtica, perturbadora y refrescante:

“Esta es la historia de una mujer analfabeta y campesina, sucedida durante la reforma agraria de la democracia cristiana y la unidad popular (sic)” (...). “Terral adentro, un funcionario de la CORA se ha instalado en la escuela primaria, para empadronar padres de familia”. (...) “Por el camino de “La Llavería” y envuelta en la polvareda, con cinco mujeres más, viene la María Luna. Hija del Taita Alejo, leñador. Líder y analfabeta, Presidenta del Centro de Madres del lugar. Las mujeres hacen alto, impertinentes, en la escuela donde se juntan los hombres por empadronar. Ellas vienen a otro negocio: han citado a un señor del Ministerio del Interior para que arregle tamaño entuerto: “El Durazno” no puede ni debe convertirse en asentamiento”. (...) Las mujeres, como un chiflón, han interrumpido en la escuela...Las mujeres, de brazos en la cintura, increpan al empadronador: –Nosotra’, señor, tenimo’ derecho de saber, porque somo’ la’ madre’ d’este fundo. A nosotra’ naiden no’ preguntó si queríamos’ ser asentá ni si queremos’ cambiar de patrón. Ha dicho la María Luna”¹⁰⁵.

Por su parte, las pobladoras fueron retratadas como divertidas, comadreras, parlanchinas, impulsivas y algo rebeldes:

““Cuando todo va mal, falta que te patee un burro’, filosofó doña Laura Riveros, secretaria de la Unión Comunal de Centros de Madres de Las Condes, sin perder su sorprendente buen humor. Corría el mes de diciembre de 1972 y las pobladoras estaban hasta la coronilla con Allende. Ya ni siquiera quedaba pan decente: les había bajado por amasar con afrechillo para disimular la escasez de harina. ‘Menos mal que no hay mantequilla –ahondó la señora Laura–, porque si hubiera, se echaría a perder con lo malo del pan’... La hilaridad cundió. Las socias del Centro ‘Tencha Bussi’ comenzaron su ingestión de té puro en parca camaradería. (...) Lo que más las irrita –aunque también divierte– son las colas. Las 24 horas en la vida de una dueña de casa se viven, ahora, en fila india; salvo cuando se rompe la disciplina y ruge la ira. Mechoneos, imprecaciones, infartos, asfixias y hasta tiros suma el saldo de las colas. (...) Así pasaron los tres años las pobladoras (marginales, periféricas, de campamentos en tránsito, callampas, como quieran llamarlas el sociólogo de turno; todas sufrieron lo mismo). Así..., no era raro que cuando las invitaban a marchar, a cacerolear, a reclamar, ellas fuesen las primeras, sin importarles para nada el apaleo que las esperaba a la vuelta, de parte de los incondicionales de la Unidad Popular”¹⁰⁶.

¹⁰⁴ Echaiz, *op. cit.*, p. 93.

¹⁰⁵ Teresa Donoso, *La epopeya de las ollas vacías*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974, pp. 30-32.

¹⁰⁶ *Op. cit.*, pp. 93-115.

A su vez, los sectores medios fueron retratados como esforzados luchadores del ascenso socioeconómico y guardianes de sus propiedades, conseguidas tras duro trabajo. “La increíble cabalgata de doña Eliana Quezada”, relatada por la misma cronista anterior, representó la bravura de que era capaz la mujer de clase media, convertida en propietaria, cuando le expropiaban el producto de su trabajo:

“Vestida de rojo entero y con una cinta verde flotándole al viento que le mece la chupalla, cabalga en demanda de Santiago, a la grupa de su yegua, Eliana Quezada Moreno. Agricultora expropiada (44 años, 5 hijos). Ex mesonera de la fuente de soda (guarda orgullosa su libreta de empleada doméstica). Hermana de Raúl Quezada (8 hijos), el que mataron a palos, puñetazos, patadas y pedradas, a golpes de azadón y hechona (porque sí, porque al Movimiento Campesino Revolucionario le bajó la rabia la noche del 14 de enero, allá en La ‘Rinconada’). Ocho meses más tarde (27 de septiembre del 72) montó doña Eliana su yegua ‘Punta del Este’ y se arrancó al amanecer de Teno. Cuatro días después desmontaba en La Moneda, desafiando a Salvador Allende [...]”¹⁰⁷.

En esta suerte de programa narrativo antiUP, las clases media y popular coincidían en la defensa del trabajo y la propiedad, ambas equiparadas en lo mismo. La misma Teresa Donoso resaltaba cómo la defensa del trabajo –epicentro de la defensa de todos los derechos fundamentales– se había convertido en la defensa de la propiedad del capital. Para ello citó a Ercilia Vega, presidenta del Comité Femenino de Familiares de los trabajadores de la Papelera, que se oponía a su estatización:

“Marcharemos por la libertad de trabajo, que se ve amagada ante los intentos de estatizar todas las actividades productivas del país... marcharemos en defensa de la libertad de prensa y de la libertad de expresión en general, así como de la libertad de divulgación de la cultura, que se realiza utilizando fundamentalmente el papel”¹⁰⁸.

Por su parte, imágenes como las de esta publicación abordaron el subtexto de las clases sociales en planos que la escritura no ingresaban y que daban una impresión más vivencial. Ya fuera mostrando a esa pequeña hacendada en lucha por recuperar su campo¹⁰⁹, las interminables colas que afectaban a todas las clases durante la UP¹¹⁰ o las malas condiciones de vida de los pobladores antes de 1973¹¹¹, imágenes reforzadas por epígrafes enriquecían desde el *pathos* el discurso racional utilizado por la crónica testimonial-periodística.

Resulta irónico que las clases altas estuvieron menos presentes que las anteriores en el argumento antimarxista de la ENGM. Ellas aparecieron más bien en la línea editorial

¹⁰⁷ Donoso, *op. cit.*, pp. 89-90.

¹⁰⁸ *Op. cit.*, pp. 80-81.

¹⁰⁹ Por ejemplo, la fotografía cuyo pie decía “Víctima del despojo de su fundito, la señora Eliana Quezada sale a caballo desde San Fernando para llevar su protesta a Santiago”: *Op. cit.*, p. 65.

¹¹⁰ *Verbi gratia*, la etiquetada con la leyenda “Interminables colas en todos los barrios de todas las ciudades en busca de un pan, un tarrito de café, un remedio”: *Op. cit.*, p. 67.

¹¹¹ “En tres años de gobierno marxista no se consiguió resolver el problema del agua potable en las barriadas populares”: *Op. cit.*, p. 66.

histórica, puesto que se las convocó indirectamente a través de la elite dirigente “hacedora” del país. Se recordará que, acorde la interpretación histórica nacionalista-conservadora, desde la época de los conquistadores españoles hasta la de los próceres chilenos del siglo xx, las clases dirigentes habrían realizado el destino de la patria a través de militares y civiles prominentes. De esta suerte, habían dirigido la independencia, construido el “Estado en forma” del siglo xix y cooperado con la modernización del Estado en el siglo xx. Arturo Aldunate Phillips sintetizó esta visión en *Chile mira hacia las estrellas*, al describir la historia nacional como la historia de los prohombres y destacar la capacidad de la clase dirigente para incorporar a las clases medias:

“Así como don Pedro de Valdivia había recibido del destino la misión de descubrir para el mundo a Chile, ‘una tierra para vivir y perpetuarse en ella, como no la hay mejor en el mundo’, don Bernardo O’Higgins reunió en su curiosa personalidad los encontrados y difíciles atributos para hacer de esta tierra un país americano singular [...]. [Con Portales] ‘El principio de autoridad renació como por encanto, ahogando la anarquía, el desorden y la incuria, y haciendo de los funcionarios agentes activos de la autoridad impersonal y siempre obedecida’. Un curioso y trascendental proceso social, no siempre percibido, se produce en el país en estos años: el verdadero nacimiento, y su incorporación a los grupos gobernantes, de la clase media, la más capaz intelectual y técnicamente; la más cultivada y fructuosa en las ciencias, las artes, la política y las profesiones liberales; la que perfeccionaría a Chile su estructura de país respetuoso de la ley y amante de la cultura. El grupo aristocrático castellano-vasco, varias veces mencionado, relativamente poco numeroso, comenzó a renovarse, al incorporar a sus cuadros elementos valiosos surgidos del comercio, la industria, de la intelectualidad y la política, y se prolongó así en un enriquecido estrato del cual nacerían las personalidades más destacadas de la nación”¹¹².

Mientras, libritos como *Nuestros presidentes* y otros de la línea histórica de la colección “Nosotros los chilenos”, reprodujeron algunos de estos clichés en un formato didáctico para el público infante-juvenil, con frases como: “Portales tuvo la intuición genial del régimen político que haría de Chile el primer país latinoamericano del siglo xix” o “Manuel Montt la encarnó, fue su arquetipo viviente”¹¹³.

Sin embargo, el elitismo de *Chile mira hacia las estrellas* se expresaba “más claramente” en las imágenes, cuya menor cantidad obligaba a seleccionar mejor los rostros y circunstancias a representar. Así, el capítulo de la historia de Chile fue ilustrado con los rostros de los “padres de la Patria” como Diego Portales, Manuel Montt, Manuel Bulnes y otros varones dirigentes decimonónicos, así como con sus batallas y quehaceres. En cambio, los pocos sujetos populares retratados aparecían solo para dar cuenta de la nación/raza chilena¹¹⁴. El que los primeros fueran los protagonistas –con nombre propio– de la historia, y los segundos fueran ejemplos del todo nacional, ilustraba el favoritismo

¹¹² Arturo Aldunate, *Chile mira hacia las estrellas*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1975, pp. 37-42 (paréntesis mío).

¹¹³ Cristian Zegers, *Nuestros presidentes*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974, p. 33.

¹¹⁴ “Una raza fuerte y altiva” rezaba el epígrafe de cuatro fotografías de *Chile mira a las estrellas*, que retrataban a dos viejos campesinos, una anciana mapuche y una joven carabinera en la página 28. Análisis imágenes de este tipo en Jara, “Graficar...”, *op. cit.*

íntimo por las clases dirigentes como guías de la nación, además de graficar el sobreentendido sobre la desigual calidad de sujeto histórico de las clases sociales.

En el mismo libreto antiallendista, pero en clave humorística, el libro *Francotiradores del humor* —que compiló a quienes “combatieron el Marxismo con el arma más poderosa: la risa”¹¹⁵—, mostró la insinuación oblicua y ocasional que, sobre los conflictos y cruces de clases durante la UP, hicieron algunas sátiras de los medios opositores. Por ejemplo, el personaje “Bigote”, seudónimo de Alberto Reyes Mozó, caracterizaba a un muchacho de población que, con ingenuidad y picardía, realizaba las más disparatadas actividades con sus amigos (“los cabros del Machuca English School”) para enfrentar la inflación, el desabastecimiento y las colas o para sumarse a los hitos de la UP (visita de Fidel Castro, trabajos voluntarios, etc.). El ingenio popular de aquel joven poblador servía al cronista para remarcar (lo que consideraba) el absurdo del régimen allendista tanto como del acostumbramiento a él.

Otras columnas se burlaban de la UP por descalificar las críticas opositoras como mero reflejo de intereses de la clase alta. Cuando el Ministerio de Economía anunció la implantación de la canasta familiar administrada por las JAP, Hernán Millas ironizó: “Es posible que las críticas que se han levantado en contra de la canasta familiar se deban, más que nada, al desconocimiento de su contenido. Por eso, nada mejor que hablar con el Coordinador de Canastas del Ministerio de Economía... Elegimos quince artículos que pueden componer la dieta básica de una familia —comenzó diciendo—. Además, nos aseguramos que en esos productos no se produciría jamás un desabastecimiento. Son también artículos de difícil acaparamiento. No necesitan guardarse en los gigantes freezers del barrio alto”¹¹⁶.

En realidad, eran frecuentes las bromas sobre las acusaciones izquierdistas de “burgués” a toda persona o institución opositora, con parodias de este tipo: “...si mañana un abogado momio y sedicioso lleva la causa ante los tribunales pidiéndole que a su cliente monopolista u oligopolístico, en complicidad con miles de accionistas, se pague una indemnización, se les pueda replicar que tal industria no existe... Tendría que ser una justicia muy burguesa, muy clasista, muy de los patrones, para que fallase en nombre de algo que no existe”¹¹⁷.

Tampoco era anómalo reírse de los jóvenes de clases altas que (según los autores) jugaban a proletarios revolucionarios: “Son partidos chiquititos, cómodos, exclusivos, donde no entra cualquiera. Donde no entra casi nadie, dicen otros... Y claro que hacen actos de masas. Pero sin olor a camiseta. Una cosa monona, agradable... Y todos se conocen. Casi pura gente joven. Ahí llegan el Inti-Maneno, la Che Pelusa, El Lenin

¹¹⁵ Hernán Millas (comp.), *Francotiradores del humor*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974. Se dice en la página 7: “La expresión francotiradores ya mereció dos carraspeos de los dos miembros de la Academia Chilena de la Lengua que figuran en esta Antología... Pero como en estas páginas se ironizan casi tres años de la Unidad Popular es posible que el título sea el contagio de algo que caracterizase a aquel régimen: los resquicios. ¿Por qué el idioma no puede también ser víctima de los resquicios?”. Las sátiras habían aparecido durante la UP en medios opositores. En cuanto a los aquí citados, Alberto Reyes Monzó publicaba las crónicas de su personaje Bigote en *PEC*, ilustrándolas él mismo; Hernán Millas publicaba la crónica “Semiserios”, de la revista *Ercilla*; y Guillermo Blanco la crónica “La vida simplemente, en la última página de la misma revista. Millas, *op. cit.*, pp. 5-6.

¹¹⁶ Hernán Millas, “La canasta familiar...”, en Millas, *Francotiradores...*, *op. cit.*, p. 132.

¹¹⁷ Hernán Millas, “Buscando nombres...”, en Millas, *Francotiradores...*, *op. cit.*, p. 191.

Arrugarruegairriega, la Lula Tse Tsung, el Chiporro Ibietaideiotalazábal-Pizpirizmendi, la Polola Gorrabarrilez... Proponen cosas rajadas, pero rajadas, que llegan a dar cosquillas. Remecen el ascensor con sus declaraciones. Y lanzan unos gritos... El último grito revolucionario y el último grito de la moda se juntan. Y parten. En el auto del papá, naturalmente. O en el de la mamá. Los partidos proletarios para no proletarios desarrollan intensa actividad... ‘Loletarios (sic) del mundo, uníos’ es su lema”¹¹⁸.

Finalmente, el cuestionamiento soslayado del canon de las clases sociales se hizo impugnando la apropiación del rótulo de proletariado. Guillermo Blanco, por ejemplo, se desahogó contra los izquierdistas de clase alta que lo usaban como falso letrado: “¿No conoce, por casualidad, a nuestros proletarios honorarios, que despotrican contra el Barrio Alto desde sus proletarios palacetes del Barrio Alto?”. Pero el escritor también criticó a los trabajadores que lo usaban como un mero título: “En esta república, trabajador es quien recibe un sueldo, no necesariamente quien lo gana. Y si nos descuidamos un poco, habrá hijos de trabajadores que se llamarán trabajadores... cada época crea sus propios títulos nobiliarios y después se dedica a servirlos a costa de su integridad”¹¹⁹.

Es claro que con la máxima “riendo, censura las costumbres”¹²⁰, la publicación humorística de la ENGM pretendió ironizar sobre la exaltación del obrerismo y el lenguaje clasista de la izquierda.

SILENCIAMIENTO DE CLASES EN MATERIAS HISTÓRICAS Y ECONÓMICAS

Por descontado, la línea editorial de la “historia patria” debía también demostrar el ideal de la unidad nacional, desvaneciendo las distinciones, ante todo de clases. Como ya se sabe, de manera emblemática, el historiador nacionalista y conservador Gonzalo Vial, ministro de Educación entre 1978 y 1979, encabezó la historiografía oficial que convertía el devenir chileno en la historia de una identidad esencial, vencedora de las graves crisis que la pusieron a prueba. Podría pensarse que, en esta operación, Gonzalo Vial racionalizó en clave historiográfica el mesianismo de los golpistas, al concebirlo como la superación de una decadencia secular y catastrófica. Como escribió en 1984:

“[...] en el cambio del siglo XIX al XX, Chile perdió su unidad nacional, cuando se rompieron de manera sucesiva los tres consensos básicos para esa unidad; a saber: el consenso doctrinario, vale decir, la visión común de la vida, enraizada en el catolicismo tradicional de origen hispánico; el consenso político, o sea, la adhesión al régimen político entonces en vigor, nuestro parlamentarismo; y el consenso social: la aceptación de que dirigiera la sociedad una clase determinada: la clase alta o aristocracia [...]. Todo ello culminó en la ‘era radical’, 1938-1952... lo más cerca, pienso, que hayamos llegado, en este siglo, de conseguir un nuevo consenso y, por consiguiente de constituir la unidad nacional... De 1952 adelante Chile sería –a ojos vista– un pueblo políticamente enfermo, ensayando diversas y opuestas fórmulas para solucionar sus males y atajar la decadencia [...]. La unidad nacional existió en el siglo XIX.

¹¹⁸ Guillermo Blanco, “Las luchas del loletariado (sic)”, en Millas, *Francotiradores...*, op. cit., pp. 193-194.

¹¹⁹ Guillermo Blanco, “Títulos nobiliarios”, en Millas, *Francotiradores...*, op. cit., p. 195.

¹²⁰ Millas, “Prólogo”, Millas, *Francotiradores...*, op. cit., p. 7.

Permitió el progreso del país. Nos dio el impulso del cual, en parte, aun vivimos. Si algunos historiadores lo hacemos ver, no es pretendiendo reeditar esa unidad, ni esos consensos —¿por que suponemos una cosa tan tonta?—, ni en razón de ideas ‘conservadoras’, o de saudades ‘autoritarias’, ‘aristocráticas’ o ‘católicas’, sino porque demuestra que son posibles los consensos y la unidad en Chile, y que son también la base de la paz y del desarrollo”¹²¹.

Por consiguiente, la dictadura aparecía como la oportunidad histórica de restaurar el consenso y unidad nacional perdidos casi un siglo atrás.

Puesto que, según se creía, la categoría de clase y las diferencias sociales eran el lenguaje que usaba el marxismo para fomentar el odio de clase, la versión histórica tradicionalista debía restaurar la visión conciliadora de clases a la vez que rectora de la clase dirigente (ahora integrada por militares provenientes de sectores medios). Como había anunciado en 1973 Germán Domínguez, exmilitante nacionalista y encargado de la Secretaría de Relaciones Culturales: “se trata de eliminar el factor más importante que sirvió a los objetivos del marxismo; la presencia del clima de odios y revanchas que dividió a los chilenos en estos últimos años”¹²².

El relato antiallendista igualmente sirvió para esta visión social conciliadora, al explicar que el espíritu de la lucha contra la UP, continuado en el nuevo gobierno, había sido de colaboración y no de lucha de clases. Esto se enfatizaba al repasar ciertos episodios, como la Marcha de las cacerolas del 1 de diciembre de 1971:

“Como buena reunión de mujeres, aquellos no tuvo ni pies ni cabeza, y enfiló la marea por el Parque Forestal sin que ninguna manifestante reconociera su batallón político, de barrio u ocupación... Y fue inútil que, de Allende al último gobiernista, se disculparan diciendo que sólo las ‘viejas del barrio alto’ fueron a la manifestación, porque allí se codearon la chupalla y la elegancia sin el menor resquemor. Al pasar por una dependencia de la Escuela de Bellas Artes, tomada por la Ramona Parra, la Elmo Catalán y otras brigadas violentas, los garabatos verbales y manuales de la ‘pobladora’ sólo fueron superados por los de la ‘señora’. Debió el detalle bastar, como advertencia, para quienes aún creían que en esta tierra existen varios tipos de mujeres, divididas en ‘de Plaza Baquedano para arriba y de la Plaza Baquedano para abajo’”¹²³.

Por último, las publicaciones del guión antiallendista aportaron a la anhelada cohesión social¹²⁴ recreando el ‘nosotros’ de la dictadura, el cual, frente al ‘nosotros’ obreris-

¹²¹ Gonzalo Vial, “Decadencia, consensos y unidad nacional en 1973”, en *Dimensión histórica de Chile*, N° 1, Santiago, 1984, pp. 139-162 (paréntesis mío). En el prólogo del primer volumen de su *Historia de Chile*, había recalcado: “La clave del derrumbe democrático, pues, reside en el proceso por el cual la misma democracia chilena se fue desarrollando: una enfermedad congénita, oculta y fatal, lleva a aquella hacia la muerte y no nos dábamos cuenta... Es importante ahora, cuando queremos y buscamos construir otra democracia, saber qué enfermedad mató a la primera”. Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Santiago, Santillana, 1981, vol. 1, tomo 1, p. 8. Para el autor, los años 1891, 1924 y 1973 representaron las grandes crisis de la unidad nacional.

¹²² Donoso, *La batalla del folklore...*, *op. cit.*, p. 123. Germán Domínguez también fue encargado del Departamento de Extensión del Ministerio de Educación y Cultura.

¹²³ Donoso, *La epopeya...*, *op. cit.*, p. 58.

¹²⁴ “Lograr la cohesión interna de todos los sectores o estratos socio-económicos, es decir, de todos los chilenos tras los principios del gobierno de Chile” fue uno de los objetivos comunicacionales del gobierno: Documento confidencial de septiembre de 1975 citado en Munizaga, *op. cit.*, p. 23.

ta del marxismo, debía encubrir la alta participación que las clases altas (en su mayoría los incipientes grupos económicos) tenían sobre las definiciones del nuevo régimen, pese a los diversos grupos sociales de apoyo y al control militar sobre el proceso¹²⁵.

Los temas económicos fueron otro espacio de las publicaciones divulgativas de la ENGM, más que nada para el público escolar, donde se aludió indirectamente a las clases sociales, para disolverlas. En la publicidad de la nueva economía de mercado —que sobre todo se hacía desde los cursos y publicaciones del voluntariado femenino y de las secretarías nacionales de la Mujer, de la Juventud y de los Gremios, así como desde programas televisivos de ayuda al consumidor o destinados a las dueñas de casa¹²⁶—, al liberalismo se lo vinculaba con el esfuerzo individual. Y, por oposición implícita, la estructura de clases predisponía a un estatismo arcaico e ineficiente. Es decir, si una sociedad movida por el interés y la acción individual representaba una sociedad libre, podía inferirse que una movida por el interés y la acción de clase resultaba opresiva¹²⁷. Así lo insinuaron, con muy sutileza, los textos *Conversaciones sobre economía y Manual de Economía*¹²⁸. Del primero cito:

“La economía de un país puede organizarse de dos maneras fundamentales: según el modelo centralizado y autoritario en el cual el poder total de decisión queda entregado a la autoridad política; o según el modelo descentralizado y libertario en el que el poder de decisión está dispuesto y recae, en definitiva, en todos y cada uno de los ciudadanos. Esta última es la forma más democrática de organización económica porque atribuye importancia y gravitación a la voluntad de cada miembro del cuerpo social. La suma de decisiones personales es la que, en último término, conduce la economía. Y tal suma de voluntades, al actuar en la producción y en el uso o consumo de bienes materiales y de servicios intelectuales susceptibles de ser avalados en dinero, constituye lo que conocemos como ‘el mercado’. Esto, no es otra cosa que el conjunto de acuerdos voluntarios a que se llega entre personas libres que intervienen en un proceso económico”¹²⁹.

Por otra parte, los manuales *Economía social de mercado*¹³⁰ y *Qué pasa con la economía del país*¹³¹ también explicaron y justificaron el neoliberalismo, silenciando la existencia, capacidad estructurante y movilizadora de las clases sociales. Para hacerlo

¹²⁵ Sobre los grupos sociales de apoyo, Liliana Manzano, *Clases y estratos sociales en Chile. Análisis de sus transformaciones durante la dictadura militar*. Santiago, seminario de grado para obtener licenciatura en Sociología, Santiago, Universidad de Chile, 2005, p. 107.

¹²⁶ Verónica Valdivia, “¡Estamos en guerra, señores!”. El régimen militar de Pinochet y el “pueblo”, 1973-1980”, en *Historia*, N° 43, vol. I, Santiago, enero-junio 2010, pp. 163-201.

¹²⁷ De hecho, la Declaración de Principios del Gobierno afirmó: “El respeto al principio de subsidiariedad representa la clave de la vigencia de una sociedad auténticamente libertaria. Casi podría decirse que es el barómetro principal para medir el grado de libertad de una estructura social”: División de Comunicación Social, *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*, Santiago, Imp. Esparza y Cía, 1974, p. 11.

¹²⁸ Álvaro Bardón, *Manual de Economía*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1978.

¹²⁹ Escuela de Negocios de Valparaíso, *Conversaciones sobre Economía*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974, p. 4.

¹³⁰ Hermógenes Pérez de Arce, *Economía social de Mercado*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974.

¹³¹ Dirección Nacional de Comunicación Social, *Qué pasa con la economía del país*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1975.

de modo más didáctico, el primero recurrió a caricaturas y al formato de diálogo entre profesor y alumno. Incluso —en la mezcla de referencias nacionalistas y liberales— una de sus estampas recreó el objetivo de ‘unidad nacional’ dibujando a siete ciudadanos (entre los cuales reconocemos a un médico, un huaso, un soldado, una mujer y un oficinista), cada uno de los cuales pronunciaba una de las palabras que formaba la frase “sólo así Chile volverá a ser Chile”¹³².

Es probable que, además de su fuerza pedagógica, se esperaba que el formato en diálogo aliviara la aridez de explicar la nueva doctrina económica, a la vez que la simpatía y sencillez de la caricatura podía facilitar al aprendizaje de un modelo económico tan rupturista como inconsulto. Este nuevo paradigma, que decía no sostenerse en una clase social en particular sino que en todos los individuos, había que enseñarlo y amenazarlo con la simpatía de las historietas.

Por cierto, manuales como los anteriores colaboraron —a su nivel— en la deslegitimación del concepto de clase social emprendida por las teorías económicas y sociológicas en el poder, las cuales a su vez completaban el rechazo político que el gobierno hacía del concepto, por amenazar la unidad nacional, que era su principio y objetivo más proclamado¹³³. Tal colaboración era otro nudo convergente entre las referencias liberales y nacionalistas —también de Seguridad Nacional— de los que hablamos antes.

En suma, según podría desprenderse del tratamiento del folklore, de la UP, de la historia nacional o de la economía, para la ENGM y para el discurso gubernamental ya no había lucha de clases —y ni siquiera clases propiamente tales— en el Chile de “pos golpe”. Solo comunidades intermedias o individuos luchadores, propietarios, asalariados o independientes, defensores de sus bienes, que, en conjunto, restauraban su antigua unidad nacional, cultural y racial. Las pequeñas operaciones escriturales e ilustradoras de aquellos textos se vincularon así con las demandas y luchas ideológicas que pesaban sobre la acción cultural global del régimen; en este caso, con el proceso de construcción del neoliberalismo desde el (o como forma de) lenguaje, lo cual implicó el uso de algunos conceptos disponibles, aunque fueran de otras corrientes en competencia.

CONSIDERACIONES FINALES

La ENGM no funcionó bajo un sistema neoliberal pleno, sino que bajo un plan liberal focalizado que avanzó hacia su globalización, levantando reparos “desarrollistas” y nacionalistas. Más aún, como ironía histórica, fue justamente dicha consolidación libre-mercaderista lo que la eliminó. De allí que su retórica sobre las clases sociales apareciera como un asomo prematuro y alegórico del nuevo paradigma.

En efecto, sin un discurso nítido, sino que mediante alusiones heterogéneas sobre materias, personajes y grupos distintos, el tema de las clases sociales fue una suerte de subtexto que resonó lejano, pero latente cuando los libros de la ENGM hablaban de

¹³² Pérez de Arce, *op. cit.*, pp. 42-43.

¹³³ Gobierno de Chile, *Declaración de principios del Gobierno de Chile*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974, p. 18.

otras cosas. Fue el vínculo de esas referencias con el programa narrativo general de la editora y con el registro léxico oficial el que le dio a dicho subtexto algo de forma. Su modalidad expresiva se la dio el formato de libro de divulgación o de material escolar. Dentro de las tecnologías comunicativas disponibles en el país, el libro destinado a público general o escolar convertía en lectura e ilustración argumentos de orden racional, deductivos y analógicos, regados con apelaciones emocionales y con sugerencias morales y afectivas sobre la naturaleza del pasado y del nuevo orden. A partir de esta plataforma, las posibilidades procedimentales y cognitivas de los textos de la ENGM residieron en su capacidad de armonizar los fines comunicativo, pedagógico y estético con los estilos humorístico o formal, teorizante o práctico, para silenciar —e insinuar a la vez— las clases sociales desde tópicos variados.

Como adelantamos, estos sutiles juegos de latencia y oclusión podrían haber conectado aquellos textos con los imperativos contextuales sobre la acción cultural de la dictadura, a saber: el de sustituir el anterior discurso gubernamental de tono político y clasista por uno supuestamente tecnificado; el de transmitir una sensación de coherencia ideológica y de cohesión social y el de despolitizar la cultura reorientándola hacia los imperativos recreativo, tradicionalista y comercial. Ahora bien, si las publicaciones de la ENGM tenían como telón de fondo la acción cultural global del régimen, esta, a su vez, tenía como el suyo la reestructuración de clases en curso. De allí que, en último término, sea acaso posible que aquella retórica editorial fuera un grano de arena en la subjetivación de un Estado ya no sustentado en la lucha y negociación de clases, sino que en una reingeniería social favorable a los grupos empresariales emergentes en particular¹³⁴.

En este punto, y considerando el neoliberalismo como un proyecto comunicacional de más largo alcance, que requirió de un marco metafórico que abjurara del lenguaje y óptica clasista, puede suponerse que la retórica (silenciadora) de la ENGM sobre las clases sociales fue una de las vías de la dictadura chilena para “conjugarlo” de forma temprana. Porque el neoliberalismo exigió una gramática que, por un lado, enunciara la nación como un todo homogéneo sin clases sociales en conflicto, habitado solo por productores y consumidores, urbanos o rurales y, por otro, que proyectara como proceso espontáneo de incumbencia personal o familiar lo que, en realidad, era una completa reestructuración social intencionada desde el gobierno. Se trató, como pudo apreciarse, de una enunciación impura porque, considerando la indefinición programática del régimen en la primera mitad de la década de 1970, las referencias provenían tanto del pensamiento neoclásico mismo como de las otras ideologías, políticas y culturales, que alimentaban las publicaciones oficiales sobre folklore, historia nacional, pasado allendista o economía. Los relatos resultantes colaboraron, a su manera, con la atenuación de las identidades y resistencias de clase hasta inhibirlas, redundando en la representación velada de una trama sociocultural no mediada por la posición en la escala social sino

¹³⁴ Grupo económico es el que controla la gestión de numerosas empresas de la actividad económica. Grupos emergentes son los promotores y resultantes del nuevo sistema económico, vinculados al extraordinario proceso de concentración del capital ocurrido entre 1973 y 1980: Fernando Dahse, *Mapa de la extrema riqueza*, Santiago, Aconcagua, 1979. Aunque la expansión de los grupos transnacionales recompuso el grupo de poder entre 1981 y 1989, no revirtió la centralización del capital: Patricio Rozas y Gustavo Marín, 1988: “*el mapa de la extrema riqueza*” 10 años después, Santiago, CESOC, 1989.

que por factores individuales, cuyas adaptaciones o desvíos explicaban la participación en ella. El valor social de tales metáforas de omisión habría sido que facilitaron la entrada del mito neoliberal con la retórica del culto a la nación (expresada en sujetos, historia y hasta humor “patrióticos”).

En realidad, este silenciamiento no habría sido, en rigor, un vacío, sino que una dinámica de significantes y significados desplazados, es decir, más que una borradura (en tanto la oclusión misma implicaba latencia), sería una rearticulación de las asociaciones entre proposiciones y conceptos, para que las narrativas resultantes describieran comunidades sin identidad de clase o negaran conceptual y simbólicamente su existencia y lucha fáctica. Entendiendo el lenguaje como acción y, por ende, como poder¹³⁵, tal ocultamiento buscaría, a la larga y de modo velado, la impotencia o reorientación de las posibilidades de acción de los agentes sociales. Y, por último, como pieza menor, pero coherente con la lógica mayor de ausencias (falta de arte, de estilo y de programa cultural), aquel silenciamiento podría insinuar que lo más parecido a una ideología estética de la dictadura chilena en cuanto a las clases sociales, habría descansado en la elipsis y la suspensión: en el “decir sin decir” y en el retraso del desenlace. Tal podría haber sido, en el vértice de la acción cultural que le cupo a la ENGM, un rasgo de la peculiar forma de estetizar la política que tuvo la dictadura chilena.

¹³⁵ Rafael Echeverría, *Ontología del lenguaje*, Santiago, J.C. Sáez editor, 2005, pp. 223-228.